

Universidad Andina Simón Bolívar

Sede Ecuador

Área de Letras y Estudios Culturales

Maestría de investigación en Estudios de la Cultura

Mención en Estudios Interculturales

**Hacia una epistemología comunitaria alrededor de la mediación
lectora en el Ecuador**

Un trabajo crítico sobre la experiencia del colectivo Libroteca Imaginada

Talía Paola Calle Cáceres

Tutora: Alicia del Rosario Ortega Caicedo

Quito, 2025



Cláusula de cesión de derecho de publicación

Yo, Talía Paola Calle Cáceres, autora del trabajo intitulado “Hacia una epistemología comunitaria alrededor de la mediación lectora en el Ecuador: un trabajo crítico sobre la experiencia del colectivo Libroteca Imaginada”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magíster en Estudios de la Cultura, Mención en Estudios Interculturales en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo por lo tanto la Universidad, utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en los formatos virtual, electrónico, digital, óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que, en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

30 de enero de 2025

Firma: _____

Resumen

En este estudio hago un trabajo crítico de la experiencia del colectivo ciudadano Libroteca Imaginada (antes Picnic de Palabras Ecuador) en su trayectoria con procesos de promoción y mediación de lectura, sostenidos de 2014 a 2024. Desde la mirada de la interculturalidad crítica, lo exploro como ejercicio de política cultural que contribuye en el acceso y disfrute del derecho a leer en una acepción más amplia a la visión predominante de lectura. Con este propósito, recojo hallazgos, aprendizajes e inquietudes sobre los que han tomado lugar nuestras concepciones y prácticas alrededor de leer y de mediar. Estas se insertan en diálogo con nociones sobre lo colectivo, las resistencias, los márgenes y las grietas, que delinean una praxis mancomunada y abren una discusión respecto a la centralidad de lo escrito, los desafíos de cara a lo diverso y la potencialidad metodológica, epistémica y política de iniciativas de mediación de lectura autogestionadas y colaborativas, como es la nuestra.

Las conclusiones enlazan la reflexión con el presente y dejan, principalmente, preguntas de cara a los contextos de violencia e inseguridad que hoy nos atañen como país; también se abren al devenir, a las derivas personales resultado del andar. En su conjunto, con esta investigación convoco a dimensionar a la Libroteca Imaginada como portadora de conocimientos gestados en el hacer localizado y a perfilar sus aportes dentro de la mediación de lectura como campo de estudio emergente en el Ecuador.

Palabras clave: leer, mediación de lectura, política cultural, interculturalidad crítica, resistencia, colectivo, epistemologías comunitarias

A Lala y Lú, sembradores de historias, afectos y sueños.

Agradecimientos

A mi familia, por ser siempre soporte, impulso, amor que me habita y me da vida.

Al colectivo que me acogió y ha sido punto de encuentro con personas que quiero y admiro. Gracias a quienes me iniciaron, a quienes me sostienen, a quienes siguen dibujando conmigo el camino.

A la bella Alicia, inspiración y fuerza. Gracias por acompañarme a encontrar mi voz, a descifrarme, con sensibilidad, afecto y paciencia.

A mis profesores, siempre generosos con sus saberes, siempre atentos con mis inquietudes. Gracias por ayudarme a hilar y tejer pensamiento.

A mis amigas y amigos del programa, con menciones especiales en mi corazón. Este tránsito no habría sido lo mismo sin ustedes. Que la vida nos permita seguir confluyendo en energías y sueños, que la amistad sembrada no deje de florecer.

Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Capítulo primero: Conocimiento localizado, posibilidad de agrietar.....	19
1. Leer, lectores y lecturas.....	20
2. Mediación de lectura: vínculos posibles.....	30
Capítulo segundo: La resistencia de lo colectivo: abrir los márgenes desde una política cultural por la lectura.....	41
1. Favorecer lo público.....	43
2. Tejer en el diálogo lo diverso.....	52
Conclusiones.....	63
Obras citadas.....	69

Introducción

Libroteca Imaginada es un colectivo ciudadano que sostiene procesos de mediación y promoción lectora a través de una labor independiente y autogestionada a la que me integré en 2017 como mediadora de lectura y gestora cultural. Nació del Picnic de Palabras Ecuador, iniciativa réplica de una propuesta colombiana del mismo nombre, cuya semilla inicial fue sembrada cuando se instaló por primera vez un *banquete de lecturas al aire libre* en el parque La Carolina, en Quito, a finales del año 2014. Surgió, por tanto, como la denominación con la que sellamos el registro jurídico del colectivo con el que hemos continuado y crecido ese proyecto desde entonces. De ahí que la reconozco también como un entramado de apuestas, legados, relevos e itinerancias en el que hemos coincidido voluntarias y voluntarios con distintos bagajes y recorridos, aunados por una convicción compartida en favor del acceso a la lectura y a los libros.

Mi vinculación con el colectivo en 2017 coincidió con un tiempo en el que se me despertó una sensibilidad. Manfred Max-Neef (1991, 9) habla de aprender a derivar en estado de alerta, como si se fuera a bordo de un velero. Dice el autor: “descubrir es un acto profundamente creativo y solo se descubre a mi juicio si se es capaz de derivar en un estado de alerta”, que no es lo mismo que dejarse llevar por la corriente, sino que “viendo cómo vienen los vientos y las olas es cuando uno realmente se integra, goza, descubre y tiene la verdadera aventura”. Tal posibilidad implica trabajar con lenguajes y silencios, tanto como observar con atención lo que ocurre, aun si no se ajusta o parece desviarnos de lo que habíamos previsto como meta o punto de llegada. Entonces, sugiere: “hoy día cada vez que algo no me resulta me da una curiosidad atroz por saber cuanto antes ¿cuál es la otra cosa que va a surgir?” (9).

Llegué al Picnic de Palabras Ecuador, hoy Libroteca Imaginada, en un momento de transición vital. Había decidido desvincularme del activismo político luego de tres años de dirigencia estudiantil universitaria. Me veía a mí misma atrapada en la zona nebulosa que toma lugar entre un final anhelado y un comienzo incierto. En medio de la bruma, descifré en la vida cultural de Quito, mi ciudad natal, una alternativa para no quedarme paralizada y ello dio pie para redirigir mi quehacer hacia un ámbito que, hasta ese momento y por diferentes circunstancias, me había sido ajeno. Quiero decir: fue apenas entonces que me acerqué por propia voluntad a eventos culturales que no habían hecho parte de mi experiencia de vida en general y de los que tampoco sabía que se podía

tener libre acceso. Se abrió ante mis ojos, casi como un hallazgo, un mundo oculto en forma de veladas literarias, encuentros de lectobordado y propuestas poético-musicales.

Coincidí en estos espacios con personas afectas a la literatura, a la poesía y a la posibilidad de juntarse y conversar en comunidad. Bien como participantes o como impulsores de las iniciativas, estas personas hicieron puente para que yo reconociera una sensibilidad que no tenía conciencia que me habitaba ni que podía dejar fluir a través de mi pensamiento, mi voz, mis palabras, mis garabatos inclusive... Fue de esta manera que desperté una atención particular a este tipo de propuestas, entonces las rastreaba en redes sociales y armaba una especie de agenda compartida para cada semana. Así, lo que comenzó de una manera aleatoria, poco a poco se convirtió en una práctica oxigenante y vital, un vehículo que, generosamente, me ha permitido revivir la curiosidad, los descubrimientos y los afectos de cuando era una niña; que me reconectó con experiencias vividas en otros contextos comunitarios y alternativos; que, al mismo tiempo, ha contribuido en la afirmación de mi subjetividad.

Un día, en medio de las pesquisas de ese 2017, me encontré con una publicación que convocaba a unirse a un grupo de voluntarios. El anuncio en Facebook contenía un afiche ilustrado y la siguiente leyenda: “Si te gusta la lectura, los libros y compartir, este es el mejor espacio para ti, ven y sé parte del Picnic de Palabras” (17 de abril de 2017). Aunque sentí el impulso de completar el formulario enlazado en cuanto lo leí, la vida quiso que mi vínculo surgiera directamente en la acción. Si bien las experiencias de voluntariado me habían acompañado desde mi adolescencia, en tanto posibilidad de dedicar el tiempo y servir, para ese momento no tenía idea de qué podría significar un *picnic de palabras* ni un *banquete de lecturas al aire libre* (que era lo que también constaba en el afiche). Sin embargo, una intuición interna hizo que algunas semanas después, de paseo por el parque, supiera reconocerlos sin problema, instalados en el espacio público con un mueble-biblioteca. Ese mismo día, eché una mano a los voluntarios de turno para recoger los libros y el mobiliario. Hacia el cierre de la jornada, seguramente intercambiamos charla y datos de contacto. Pienso que debí haberme sentido tan bienvenida, tan acogida; sobre todo, tan inspirada, que no hubo dudas respecto a sumarme también como voluntaria.

Fue así que confabuló la vida para que terminara de esbozarse un camino como mediadora de lectura. Estando sobre mi propio velero vital, las olas y los vientos me trajeron la posibilidad de (re)encontrarme con las palabras habitadas y de ver surgir de ello, y de mi propia afinidad por leer, unas convicciones y una praxis por el derecho a la

lectura. Estas se fueron erigiendo al mismo tiempo que se fueron consolidando las apuestas mancomunadas, los ensayos y los sueños. De esa labor conjunta a la que me sumé, ha sido posible propiciar más de doscientos encuentros de lectura en espacios no convencionales, con la participación de más de seis mil personas; entre ellos, niños y niñas que testimonian que desarrollaron su gusto por la lectura en nuestra programación sostenida y personas adultas a quienes hemos acompañado para formarse como mediadores. También hemos impulsado otras líneas de acción en el espacio público; réplicas fuera del territorio urbano y de la provincia; programaciones de mediación lectora con bibliotecas públicas, instituciones educativas, espacios culturales y espacios comunitarios; prácticas investigativas en torno al libro, la lectura y las bibliotecas independientes; y acciones orientadas a la incidencia en política pública junto con otros proyectos y colectivos fraternos. Resultado de todo ello, también se ha gestado una comunidad lectora tejida a varias manos y voluntades.

Diría que floreció la siembra, y agregaría que de esta han devenido nuevas semillas; entre ellas, saberes y experticias que, fraguados en colectividad, plantean una potencialidad metodológica, epistémica y política. Si bien hemos tenido reflexiones previas, este estudio hace un trabajo crítico de la experiencia del colectivo desde la mirada de los estudios culturales, en tanto posibilidad para pensar la lectura y la mediación lectora desde la pluralidad y el conocimiento localizado. Así también para dimensionar nuestra práctica concreta como propuesta de política cultural de base ciudadana, con capacidad de alimentar los esfuerzos hacia un proyecto societal que abrace la diversidad, también manifiesta en los vínculos con la cultura escrita, sus prácticas de transmisión y apropiación; una de ellas la lectura.

De este modo, emplazo la reflexión académica con la finalidad de caracterizar y comprender cómo aporta la experiencia del colectivo al ejercicio de políticas culturales en el ámbito de la mediación y promoción lectora en el Ecuador, pregunta central de este estudio. Para el efecto, pongo en rumbo el análisis a partir de dos objetivos específicos y a cada uno está dedicado un capítulo. En primer lugar, para recoger los aportes teóricos y metodológicos de la experiencia del colectivo; y, en segundo lugar, para reflexionar sobre su dimensionamiento como política cultural. Con este marco, me tomo la licencia de explorar críticamente la trayectoria colectiva de una década, habiendo hecho parte del camino los últimos siete años. Asimismo, con la intención de recapturar una historia en el tiempo, sus fondos y sus formas, transito narrativamente entre el singular y el plural, tejiendo episodios personales y otros colectivos, aunque sin seguir un orden cronológico

ni una secuencia en particular. También procuro enunciar nuestro plural en femenino, dado que hemos sido mayoritariamente mujeres quienes hemos sostenido este proyecto.

Los conceptos nucleares que han guiado esta investigación incluyen: lectura, mediación de lectura, política cultural e interculturalidad crítica. Su incorporación me ha permitido confrontar la experiencia de la Libroteca Imaginada —tanto a nivel práctico como simbólico— en la configuración de un ejercicio de política cultural que reconoce la lectura como práctica sociocultural y que favorece, a través de su labor de mediación, el acceso a leer como un derecho. Están también intersecadas nociones sobre lo colectivo, las resistencias, los márgenes y las grietas, que en su conjunto marcan una trayectoria mancomunada en la intención de democratizar la lectura, al tiempo de poner en discusión la centralidad de lo escrito, y abriéndose paso entre lo diverso. En su conjunto, estas premisas convocan a dimensionar a las iniciativas ciudadanas de mediación de lectura —entre las que nos contamos— como portadoras de conocimientos gestados en el hacer localizado y a perfilar su emergencia como campo de estudio en el Ecuador.

En el primer capítulo, abordo lo que entendemos por leer, lo que reconocemos como lecturas y a quiénes identificamos como lectores. Este es el preámbulo para dilucidar nuestras concepciones sobre la mediación de lectura y el rol que hemos asumido como mediadores en nuestras diferentes propuestas. En el segundo capítulo, hago un abordaje en clave de lo colectivo como forma de resistencia, descentramiento y alternativa de construcción en medio de las vicisitudes del sistema vigente y las desigualdades que le atañen; es decir, la trayectoria *callejera* en nuestro activismo por el derecho a leer y como ejercicio específico de política cultural. Para las conclusiones, llevo la reflexión hacia las grandes preocupaciones que hoy nos atañen como país: la inseguridad, la violencia, la vulnerabilidad de niños, niñas y adolescentes. Dejo, sobre todo, inquietudes, y trato de recoger algunas pistas de acción. Así también, enlazo con el devenir que me ha significado hacer parte de este colectivo: mi propia siembra, una apuesta personal y familiar que toma el nombre de Casa Lalú Biblioteca; apenas un vistazo breve.

Cabe acotar que lo que expongo se ha nutrido de la revisión del archivo interno de nuestro colectivo, que ha fungido como fuente primaria y contiene material documental, fotográfico y audiovisual dentro de una nube de almacenamiento virtual. Constan dentro de este: actas de reunión, ayuda memorias, retroalimentaciones de proyectos ejecutados, propuestas de programaciones, propuestas de procesos formativos, pronunciamientos, entre otros. Traerlos a la investigación me ha permitido recoger de ellos lineamientos que aparecen recurrentes en nuestras prácticas y que han contribuido

en la caracterización conceptual y metodológica que desarrollo en este trabajo. Adicionalmente, he realizado un monitoreo en redes sociales, por cuanto allí constan reseñas y registros fotográficos de nuestros encuentros de lectura, talleres de capacitación y acciones de incidencia. Asimismo, he revisitado el documento *Modelo de gestión cultural para la sostenibilidad del Picnic de Palabras Ecuador* (Calle y Veloz, 2019), que recoge un primer esfuerzo de sistematización del período 2014-2018; y el artículo *Cuando los libros salen al parque* (Dávila y Calle 2021), que corresponde a un ejercicio previo de escritura sobre nuestra experiencia de mediación lectora desde la perspectiva del espacio y el tejido comunitario.

Dado que esta investigación es de tipo cualitativo, he procurado poner en diálogo el material empírico con la literatura relevante y quisiera señalar que este trabajo me ha permitido terminar de aterrizar la comprensión de que nuestra organización congrega todo aquello que fuimos dando forma en el camino y a lo que diferentes personas le entregamos nuestras mentes, manos y corazones para hacer realidad. Sin duda, somos una conjunción entre la reflexión colectiva, detonada por la mediación lectora en el parque y en otros espacios no convencionales; las experiencias personales de trabajo con comunidades, bibliotecas y/o lectura; y, la formación académica que nos acompaña individualmente. A pesar de que varias personas del colectivo han tomado sus propios rumbos, las huellas de sus ideas, de sus conocimientos y de su praxis hacen parte de esas siembras cuyas raíces seguimos tejiendo con nuevas aportaciones y hallazgos.

En razón de esto último, reconozco también la conformación de una comunidad que hace parte de esta trayectoria. Es en la interacción con las familias, con las niñas y niños, con los mediadores que se han formado en nuestros procesos de capacitación, con las y los colegas con quienes articulamos, que se ha fraguado nuestro andar. Me vienen así a mente las palabras de Catalina Unigarro, una de las fundadoras del Picnic, quien a través de una publicación en Facebook manifestaba lo siguiente: “Hace diez años, con mucha ilusión, curiosidad y alegría, sacamos unos pocos libros en el parque La Carolina para averiguar qué sucede. Hoy Libroteca Imaginada tiene un equipo sólido que lo sostiene y sueña en grande” (20 de noviembre de 2024). De estas líneas, se me ilustra nuevamente la idea de las posibilidades de lo incierto y de todo lo que se enrumba al mantener el estado de alerta mientras se deriva.

Capítulo primero

Conocimiento localizado, posibilidad de agrietar

Fornet-Betancourt (2009) sugiere que es necesario estar conscientes de que toda propuesta alternativa se lanza en un “contexto epistemológico ocupado”. Con ello, alude a la existencia de una cultura científica dominante que, a su vez, detenta una hegemonía epistemológica con la que se invalida o se descalifica saberes contextuales y tecnologías vernáculas. Señala que esta sirve de apoyo para agudizar las asimetrías económicas, sociales y políticas del modelo de desarrollo vigente, en tanto existe una vinculación clara entre el paradigma científico tecnológico, el colonialismo y el capital. Y no solo eso: “está la asimetría cultural y cognitiva que se produce [...] una forma de violencia que genera una situación de desequilibrio y pone en peligro la desaparición de la diversidad cultural e incluso la vida en la tierra” (15). Asimismo, recoge que es así como se ha desarrollado la sociedad tecnológica moderna: respaldada en una epistemología excluyente, funcional para decretar inmadurez científica o tecnológica de los pueblos (o una supuesta condición de incivilización o barbarie), y alimento permanente del imaginario de superioridad de un modelo monocultural.

Dado este escenario, el autor hace un llamado al “equilibrio epistemológico” y lo coloca como una de las aspiraciones de la interculturalidad crítica. Subraya que la apuesta es por una diversidad cultural interactiva, en diálogo, que incluso contribuya a que la cultura dominante se interpele y recupere la sensibilidad crítica para hacerse preguntas respecto a su propia pluralidad. Enfatiza que no basta con reconocer que existe pluralidad de conocimientos, sino que es necesario dar un lugar real a la “sabiduría lugareña”, a los “conocimientos contextuales”. Aquello demanda que se abran:

espacios de silencio que desocupen el mundo y nuestros cuerpos, es decir, que genere[n] vacíos en el mapa antropológico y cosmológico trazados por la ciencia y la tecnología modernas en el marco referencial del sistema económico capitalista y [que] reaprendamos, juntos, a ver el mundo y a nosotros mismos desde esos vacíos que son precisamente el símbolo de la diversidad cultural (10)

Me he preguntado, con este marco: cuál sería la cultura científica dominante cuando hablamos de leer; cuál su carga colonial; con qué se ha ocupado su contexto epistemológico. Además: si las asimetrías descritas por el autor se han trasladado a las prácticas lectoras; y qué se ha quedado por fuera de la narrativa si consideramos que el

acceso a la tecnología que supone leer y escribir, o sea la alfabetización, se universalizó de manera relativamente reciente en nuestro contexto. De un análisis breve, es posible colegir que existe un posicionamiento ideológico alrededor de la lectura y que este ha dado forma a las prácticas asociadas a ella.

Con estas ideas, emplazo la reflexión teórica y metodológica alrededor de la Libroteca Imaginada. Primero, reconociéndola en su condición de propuesta alternativa que se desenvuelve, efectivamente, dentro de un contexto epistemológico ocupado; en este caso, por una visión dominante de la lectura occidental. Después, encuentro que el ejercicio de pensar de manera crítica nuestro camino arroja la posibilidad, en primera instancia, de recuperar nuestros propios saberes contextuales y, luego, de reivindicar que existen y que tienen su valor precisamente por ser o provenir de una práctica concreta que hemos sostenido desde la autogestión, la colaboración voluntaria y la interrelación comunitaria. En suma, estamos abriéndonos un espacio y dándonos ese lugar real entre las epistemologías vinculadas a la lectura y a la mediación lectora. Asimismo, se nos abre la perspectiva para dimensionar que nos sumamos a la pluralidad de conocimientos en nuestro campo, lo que contribuye a pluralizar el mundo y viabilizar nuestra propia participación y comunicación en la sociedad. Con tales horizontes estará orientado este capítulo, que se concentrará en caracterizar cómo concebimos la lectura y cómo hemos venido dando forma a nuestra praxis de mediación lectora.

1. Leer, lectores y lecturas

En septiembre de 2024, arrancamos un proceso formativo en mediación lectora y promoción bibliotecaria con un grupo de participantes de sectores urbano-periféricos de la ciudad de Quito. Durante el primer encuentro, mientras escucho que para Ana Gabriela el día comienza cuando canta el gallo, o que Jonathan sale a contemplar el cielo estrellado desde su casa, en un área que es todavía urbe y campo, pienso que ambos ya leen contextos y *textos* que excepcionalmente se considerarían lecturas. Sus relatos, que resultan de un ejercicio introductorio para mapear su día, revelan la significación de su mundo cercano y el sentido personal que le han construido. De nuestra parte, la intención con la actividad es detonar, tanto en ellos como en el resto de participantes, la posibilidad de reconocer sus lecturas interiores, sus propias maneras de leer, como punto de partida para descifrarse a sí mismos lectores y para alentar en otras personas lecturas más allá del

código escrito o del sentido instrumental-cognitivo que se le asigna de manera predominante a la práctica lectora.

El episodio me lleva de vuelta en los años, hasta 2017, cuando me uní al entonces Picnic y esas mismas nociones comenzaron a abrirse paso entre mis entendimientos. Ahora que han transcurrido siete años, noto que desde entonces no he parado de escarbar en mi *historia lectora* y de animar a otros a conectar con la suya. Se me ha reafirmado así que todas las personas tenemos una, incluso quienes no han tenido la posibilidad de establecer un vínculo afectivo, cercano o voluntario con los libros, independientemente de su edad. La historia lectora constituye, por tanto, una de las primeras fuentes de aprendizaje como mediadores de lectura: esta nos corrobora que leemos desde que llegamos al mundo y que somos para siempre lectores de él. En ello además consta una de las premisas fundamentales que promovemos como colectivo: el reconocimiento de que todas las personas leemos y, en consecuencia, la necesidad de poner en discusión que la principal acepción que se le da a leer es apenas una y no la única.

Al respecto, hago un primer acercamiento a partir de Basanta (2016, 77), quien acude a la raíz etimológica de leer en un ejercicio de caracterización de lo que denomina el “ADN de la lectura”. Del latín *legĕre* desprende algunos significados primigenios: 1) recoger o recolectar; 2) deshilar o desenredar el ovillo; 3) navegar; 4) elegir. Con la primera acepción, resalta que esta evoca la relación de la humanidad con la tierra que nos sustenta y lanza también la siguiente inquietud: “¿y qué otra cosa somos los lectores sino reco-lectores en el campo de cultivo de la vida?”. Para la segunda acepción, hace referencia a la metáfora de vivir como un laberinto del que salimos transformados “gracias al auxilio del hilo de oro de la lectura”; lo que alude a que cuando leemos, vamos desenredando hebras de significación del mundo en un acto de construcción activa y personal. La tercera acepción coloca la imagen del lector como navegante y a lo leído y a lo legible como océano; además acota el carácter profético de ese significado hoy que *navegamos* en internet para encontrar información. Por último, con la cuarta acepción, se habla del lector-elector, quien desarrolla capacidad para valorar, seleccionar y elegir.

En contraste, al revisar el significado de leer en el *Diccionario de lengua española*, encontramos estas descripciones: “pasar la vista por lo escrito o impreso comprendiendo la significación de los caracteres empleados”; “comprender el sentido de cualquier tipo de representación gráfica”; o “entender o interpretar un texto de determinado modo”. Como se ve, el énfasis recae en la decodificación, principalmente de lo escrito y hasta cierto punto de lo gráfico. Podremos también notar que las cargas semánticas del término

raíz no se trasladaron a nuestro lenguaje moderno, en tanto no hay rastro de los significados primitivos detallados previamente. De hecho, si seguimos la noción de que la realidad se refleja en el lenguaje, coincidiremos en que la definición oficial es fiel a recoger una acepción de leer que limita pensar su ejercicio, sobre todo, a un acto mecánico e instrumental. Si lo tomamos, en cambio, desde la perspectiva de que el lenguaje tiene capacidad de influir y crear realidad, la misma definición nos impediría reconocer como lecturas otras formas de significación y construcción de sentido por fuera del sistema de escritura occidental.

En nuestro colectivo, encontramos indispensable plantear la lectura desde una perspectiva más amplia: por un lado, no únicamente como una habilidad básica, considerada el cimiento para seguir construyendo otras habilidades cognitivas; y, por otro lado, tampoco vinculada exclusivamente a la palabra escrita, sino también a la palabra hablada, a la oralidad e incluso más allá de la misma palabra y el lenguaje, anclada a los afectos, a la transmisión cultural, a la creación de sentidos personales y a la subjetividad. Tales proposiciones demandan un abordaje desde diferentes e imbricadas aristas, lo que encuentro que es un enorme desafío. En todo caso, en los siguientes apartados, intentaré trenzar un diálogo que involucre al menos estas tres concepciones: la lectura del mundo, la lectura occidental y la lectura literaria. Pienso que es de ellas, enmarcadas en un contexto histórico, social y político ineludible, que se nutre nuestra propia concepción de leer y de lo que pretendemos reivindicar y motivar como lecturas. Aunque internamente no hemos aterrizado una discusión intencionada y explícita al respecto, aspiro a generar un aporte concreto para profundizar la comprensión de la labor mediadora que ejercemos a través de la Libroteca Imaginada.

Leemos el mundo

Al cierre de 2021, desplegamos la propuesta *¿Cómo leemos el mundo?*, una programación de mediación lectora para las siete bibliotecas municipales de la red metropolitana de Quito. Nuestra pauta metodológica incorporó activaciones sensoriales y ejercicios de creación artística a partir de una curaduría de libros y otros materiales para ser leídos desde sus sonidos, olores, sabores y texturas. Diseñamos encuentros para leer con el gusto, con la vista, con los oídos, con el tacto, con la nariz y con todos los sentidos. Planteamos preguntas que funcionaron como incitaciones: ¿a qué sabe el mundo? ¿A qué suena? ¿Cómo se siente? ¿A qué huele? ¿Cómo se lee sin palabras? Con ello, motivamos a los participantes de los encuentros (que fueron personas de diferentes edades, también

adultos) a identificar las lecturas de su entorno. Traigo la experiencia en tanto alcanzo a distinguir en ella un aterrizaje que ayuda a ilustrar nuestra inquietud por la lectura que rebasa a los libros y a los textos, que no son estos lo único que se lee y que nuestra labor mediadora viene fraguando algún aporte a la discusión sobre la centralidad de lo escrito al tomar como base la concepción de que leemos el mundo siempre, desde que llegamos a él y a lo largo de nuestra vida.

Así, por un lado, como colectivo nos posicionamos desde una comprensión crítica del acto de leer, en la que “la lectura del mundo precede a la lectura de la palabra”, como decía Paulo Freire (1991), haciendo referencia a que lenguaje y realidad se vinculan dinámicamente, de forma independiente a la alfabetización escolarizada. Por otro lado, descifro que reconocernos lectores del mundo es también una apuesta por desbloquear los obstáculos psicológicos y culturales que nos distancian de explorarnos como lectores literarios. De esta manera, no es menor señalar que, en nuestro intento de significar el mundo, los seres humanos leemos desde que nacemos y que estas lecturas no solo que son fundamentales para despertar el gusto por la lectura literaria, sino que son también la base de la transmisión cultural que heredamos a los que llegan más adelante.

La acepción de leer el mundo, entonces, hace parte de lo que orienta nuestras metodologías, programaciones y acciones de incidencia. En el caso de nuestros procesos para formar nuevos mediadores de lectura, la abordamos a través de la historia lectora, con ejercicios como los que comentaba al inicio del acápite. Es con esos primeros acercamientos-intercambios que irrumpimos en los imaginarios instalados e invitamos a los participantes a abrir una perspectiva que, en este caso, significa también volver a lo esencial y primero. Es decir, evocamos la memoria e invitamos a explorar la infancia como ese reino en el que fuimos por primera vez lectores de una lectura inagotable y amplia: la lectura del mundo. Y aquí pienso en Basanta (2016, 75) para recoger que el entorno físico es en sí mismo un primer libro abierto; el autor menciona: “fuimos y somos lectores del mundo que nos envuelve y nos acoge. Del trueno y del rayo. De la luz y sus certezas, de la noche y sus misterios. Del gran mapa del firmamento. De la brisa que trae el anuncio de la lluvia. Del solano que anticipa su desierto”.

Sin embargo, vale tener en cuenta que no leemos el mundo de cuenta propia solamente sino que nos es mediado. Por ello, en nuestros ejercicios convocamos también a ponerle voz, aroma, tacto, sonido y rostro a quienes nos tendieron los puentes iniciales con nuestro entorno. Desde ahí, conectamos con los afectos y los seres queridos, reconstruimos escenarios y reivindicamos el sentido gozoso de las historias, tanto como

la trascendencia de narrar y ser narrados, elementos constitutivos de nuestra existencia. Como menciona Michele Petit (2016, 17), “toda cultura procura domesticar la montaña, la selva, el desierto, los ríos o el paisaje urbano con la ayuda de historias, de mitos, de ritos y de obras de arte”. Son estas creaciones las que posibilitan una presentación del mundo por parte de quienes estamos a quienes llegan; es la transmisión cultural que también nos hicieron cuando llegamos nosotros. Yolanda Reyes (2016, 15) lo detalla: “por ser parte de una saga escrita con palabras, necesitamos ser nutridos, no solo con leche, sino con esas envolturas —historias, cuentos y poemas— que logran reunir a los que están llegando con los que llegaron hace tiempo y con los que ya se fueron”. Así, el hilo invisible de las historias, que puede ser al mismo tiempo literario y poético, nos atraviesa de manera independiente de lo letrado o de lo que se legitima como leer, y además se asienta en soportes varios, como la voz, el cuerpo y los afectos.

Por lo descrito, aunque la lectura que promovemos es literaria y motiva el encuentro con los libros como dispositivos, se apalanca irremediabilmente en el (re)encuentro con la historia lectora que ya nos acompaña. Y, al identificar a todas las personas como lectores-buscadores de sentido, lectores-constructores de significación, lectores de la dimensión natural y física que nos recibe al llegar a un mundo preexistente, sintonizamos con Gabriela Montes (2006, 2), quien encuentra en el leer un acto de construcción simbólica inherente a todos los seres humanos:

Leer es algo más que descifrar, aunque toda lectura suponga un desciframiento. Leer es construir sentido. [...] No solo se “lee” lo que está cifrado en letras. Se “lee” una imagen, la ciudad que se recorre, el rostro que se escudriña... Se busca indicios, pistas, y se construye sentido, se arman pequeños cosmos de significación en los que uno, como lector, queda implicado. [...] Cada persona, desde que nace, “lee” el mundo, infatigablemente busca sentidos. Y, del mismo modo, si le dan ocasión, también puede “escribir”, o “inscribir” en palabras, ese mundo que ha leído. Puede contarlo. Analfabetos de significación no hay, somos todos constructores de sentido.

Reconocemos que tal es nuestra capacidad para leer; no obstante, existen dinámicas instaladas que determinan que, en general, no nos enunciamos lectores ni que validemos estas otras lecturas por fuera del código escrito, aun a pesar de que nos acompañen en lo cotidiano o que, inclusive, sean una parte constitutiva de quienes somos. Ahí también el posicionamiento de una única visión de lectura que ha conllevado la invalidación de otras formas de transmisión del conocimiento, de intercambio de saberes y de imaginación. Considérese, por ejemplo, la tradición oral de los pueblos ancestrales de nuestros territorios, dejada de lado tanto como se ha minimizado que en nuestras

sociedades mestizas perduren otras prácticas de producción de sentido, expresadas también en la oralidad o en formas de significación que se sirven de representaciones visuales, sonoras o táctiles. En general, estas quedan por fuera de la concepción de lecturas. Y vale mencionar que, aunque lo escrito detenta una centralidad, su acceso está restringido para una gran parte de la población. Sigue hacer un acercamiento a tales circunstancias.

Lectura dominante

Es innegable que la palabra escrita ocupa un papel protagónico en nuestro mundo contemporáneo. La narrativa hegemónica le ha atribuido a la invención de la escritura alfabética el cambio de conciencia que dio lugar a la civilización, expresada en el desarrollo de la lógica, las concepciones del tiempo y el espacio o la institución de la democracia en las sociedades occidentales. Asimismo, la imprenta y las tecnologías digitales se consideran cada una revoluciones que han dado pie a diferentes prácticas en torno a lo escrito y han delineado la conformación de la cultura escrita. Chartier (2022, 11) reconoce a esta como un ensamble de diversos soportes de lo escrito y de diferentes prácticas que lo producen y lo apropian. Entre esas formas posibles de apropiación está la lectura, mientras que, entre las alternativas de producción, la escritura. “Se escribe, se lee, se participa de una cultura escrita, todo el tiempo”, manifiesta el autor.

La visión de que leer y escribir son herramientas indispensables no solo para la interacción sino también para el desarrollo individual y el progreso colectivo se apalanca de diferentes escenarios. Para empezar, lo escrito constituye fuente primaria de información, por lo que contar con las habilidades que hacen posible su decodificación, comprensión y uso deviene instrumento básico de acceso al conocimiento y la comunicación globalizada. Por añadidura, lo escrito es el código en el que están reguladas las relaciones de convivencia en nuestra sociedad, además que es requisito de base para avanzar en la educación formal y acceder a oportunidades de movilidad socioeconómica. En razón de ello, en el último siglo, promover el aprendizaje y el pleno ejercicio de la lectura y la escritura no solo que está bien visto, sino que ha dado lugar a líneas discursivas políticamente correctas.

Hoy en día es generalizada la aspiración de que la población —o al menos una buena parte de ella— se convierta en usuaria activa de la lengua escrita. Sin embargo, se deja de lado que la posibilidad efectiva de apropiarnos de la cultura escrita varía entre individuos, comunidades y grupos sociales y ha estado influenciada por desigualdades

históricas que limitan el acceso a condiciones y herramientas que condicionan su disfrute. Al dimensionar la lectura y la escritura, además de habilidades básicas y cognitivas, como construcciones influenciadas por el poder y la cultura, podemos incorporar al análisis que aprender a leer y a escribir ha tenido lugar en contextos sociales, culturales e históricos determinados. Es decir, abordarlas como prácticas social y culturalmente situadas permite entrever que existe una interrelación entre lenguaje, alfabetización y poder (Zavala 2004).

Conforme al paradigma de lo letrado, la tecnología que se requiere para leer se adquiere a través de la alfabetización, de modo que saber leer estaría condicionado, al menos en primera instancia, por la competencia que desarrollamos para descifrar los símbolos gráficos que son base del sistema de escritura occidental. No obstante, conocer las letras es apenas una parte de saber leer. Por añadidura, las prácticas de alfabetización que dan lugar a lo que predominantemente se reconoce como lectura y escritura han estado históricamente determinadas por factores culturales, sociales y políticos que regulan quién puede acceder a la cultura escrita y cómo se distribuyen sus contenidos en diferentes contextos. Por añadidura, dado que la lectura está fuertemente vinculada con la instrucción formal, ya que es en el ámbito educativo donde usualmente nos dotamos de la habilidad de decodificación alfabética, es común la creencia de que basta con haber sido alfabetizados y hacer parte del sistema escolar para acceder al universo de lo escrito y a la posibilidad de convertirnos en lectores según el ideal estandarizado. Sin embargo, es indispensable dilucidar su verdadera complejidad.

Encuentro pertinente, para ello, partir de una mirada histórica. En nuestro contexto andino, fue con la colonia que se instalaron también las concepciones de lectura y escritura tal como las conocemos. Las personas a las que se les enseñó a leer y a escribir fueron aquellas con una posición social y económica privilegiada, además de utilitaria al sistema colonial. En Rama (2005), se emplaza lo escrito como el código del que se valió la colonia española para imponer en América un sistema ordenado, jerarquizado, de poder concentrado y con misión civilizadora. Así, mientras la población indígena era masivamente evangelizada, la juventud criolla era inculcada en la escritura y el estudio de la filosofía y la teología. Se llegó a conformar una “ciudad letrada”, que alude a ese segmento de la sociedad constituido por un número reducido de personas alfabetizadas que ocuparon un rango social elevado, sustentado en su conocimiento de la escritura y el carácter sagrado que se le dotó a la producción escrita. El grupo letrado se instaló como burocracia del sistema colonial y fungió como círculo protector del poder y brazo ejecutor de sus órdenes. Se tiene, entonces, que la palabra escrita podía llegar a un número muy

reducido de la población, que la escritura fue sacralizada y que los intelectuales se sirvieron de la escritura para conformar ideologías públicas, elaborar mensajes, manejar instrumentos de comunicación social y cumplir con su condición de servidores del poder. Además, siendo los alfabetizados “los únicos ejercitantes de la letra en un medio desguarnecido de letras, los dueños de la escritura en una sociedad analfabeta”, se infiere que los productores y consumidores debieron ser los mismos, funcionando en un circuito doblemente cerrado (Rama 2022, 26).

A pesar de que, a través de los años, el proyecto alfabetizador llegó a ampliarse a la población en general, este no se desligó de sus principales intereses de dominio y productividad. Su lógica se mantuvo incluso cuando llegamos a convertirnos en una república independiente; en 1830, dentro de las condiciones para ser ciudadanos, constaba el requisito constitucional de saber leer y escribir. Esta exigencia se mantuvo vigente poco más de un siglo y determinó que la ciudadanía ecuatoriana se adjudicara exclusivamente a hombres letrados y propietarios. El proyecto de nación dejó por fuera, durante muy buen tiempo, a mujeres de todos los grupos sociales, a niños y niñas, a población indígena, a población afrodescendiente y a varones pobres.

No fue sino hasta 1979, con el retorno a la democracia y el fin de la dictadura militar, que se eliminó definitivamente el requisito de saber leer y escribir como condición habilitante de la ciudadanía ecuatoriana. Para ese entonces, ya desde 1945, la educación primaria, con acceso gratuito para toda la población, se había universalizado, al menos teóricamente; y, además, se venían impulsando campañas de alfabetización a nivel regional. Todo ello ocurría en línea con el posicionamiento de estudios académicos con los que se siguió alimentando el imaginario de supremacía de lo escrito. En Zavala et. al (2004), se recuenta sobre la perspectiva “evolucionista” que acompañó las investigaciones que consolidaron un enfoque conocido como *la Gran División* en los años 70: un conjunto de postulados que sirvieron para superponer las culturas escritas a las culturas orales. La otrora dicotomía primitivo/civilizado se trasladó a la dicotomía oralidad/escritura y fue la tierra sobre la que grupos dominantes y élites sociales sembraron los lineamientos de la alfabetización bajo el concepto de desarrollo.

En la década de los 90, surgió el concepto de *literacidades*, de la mano del *Nuevo Grupo de Londres*, para redimensionar que aprender a leer y escribir son construcciones sociales influenciadas por las relaciones de poder e implican modos de comunicación y representación variados; entre ellos, medios visuales, sonoros y digitales. No obstante, se ha de distinguir que lo que se sigue reconociendo de manera dominante sobre leer en

nuestras sociedades, con una fuerza reafirmadora desde el ámbito escolar, hace referencia exclusiva al sistema de escritura occidental y lo emplaza desde una lógica utilitaria al modelo vigente, que justifica tal imposición bajo la lógica del “progreso”. Estas prácticas heredadas, y las visiones en las que se apalancan, difícilmente se han erradicado de nuestra sociedad; y, lo mismo ocurrió con las desigualdades, que siguen siendo profundas y lacerantes. Si tomamos como referencia las últimas estadísticas nacionales de alfabetización, encontraremos que el porcentaje de analfabetismo en la población mayor de quince años mantiene su mayor concentración en poblaciones indígenas, afrodescendientes y montuvias, al igual que una notable brecha entre lo urbano y lo rural y entre grupos sociales (INEC 2023). El porcentaje de población alfabetizada, aunque mayoritario en el Ecuador, tampoco es sinónimo de lo que se consideraría idealmente como población lectora. Dejo suelta, por ahora, una inquietud al respecto: ¿cómo son los lectores que buscamos?

Lectores que somos (y podemos llegar a ser)

Al revisar los registros de nuestra página de Facebook, encuentro una fotografía del primer *picnic de palabras* en el que participé. No se divisa mi rostro, se distingue mejor a quien me acompaña, un libro en sus manos y ambos recostados sobre un mantel en medio del césped. El texto de la publicación indica: “con la calma que ofrece el parque esta pareja de entusiastas se leyeron el uno al otro” (19 de junio de 2017). Aquel es uno de tantos registros de *banquetes de lecturas al aire libre*, instalaciones tipo picnic que, como había señalado previamente, comenzaron en el parque La Carolina y se trasladaron de manera itinerante a diferentes lugares que no se considerarían espacios convencionales para leer. Sin embargo, ahí hemos leído: en parques, calles, plazas, mercados, museos, ferias, playas; junto con transeúntes solitarios, paseantes en pareja, niños y niñas sometidos al trabajo infantil, adultos mayores que descansan, familias de paso...

Aquellas han sido las ocasiones, con las personas y sus lecturas, las que me conducen a afirmar que lo que se asume de manera predominante sobre leer, con su carga de obligatoriedad, instrumentalización y desigualdad, se deshace en un espacio público, en la ruralidad, en un barrio urbano fuera de la centralidad, siempre que se habilitan otras condiciones de acceso. Nuestra concepción de leer, por tanto, parte de identificar la lectura como una experiencia viva, dinámica y común a la humanidad en general; reconoce que está expresada en prácticas social y culturalmente situadas, por tanto,

plurales; y estas, a su vez, están condicionadas por factores históricos y políticos que determinan su visibilidad, validación y ejercicio.

Entre diferentes alternativas para despertar en las personas una sensibilidad por la lectura, la nuestra ha sido habitar los espacios con nuestros libros y mobiliario, canalizar la curiosidad que genera tal instalación y acompañar la exploración de los materiales dispuestos para que los visitantes accedan libremente. Mediante nuestra voz que lee o nuestra interlocución que detona un diálogo, abrimos también una posibilidad de acercamiento significativo a la cultura escrita. Son estos encuentros los que nos han permitido dimensionar el acto de leer como una experiencia que va más allá de los libros, de sus textos, más allá incluso de las palabras y el lenguaje, como he venido comentando. Por el contrario, la lectura llega a desplegarse como una práctica ampliada a todos los sentidos, presente en diferentes relacionamientos con el entorno físico, detonada por distintos soportes y alimentada por la espontaneidad del diálogo no impositivo.

Por añadidura, dado que la mayor parte de nuestra labor colectiva la dedicamos a acercar libros y lectores a través de una biblioteca itinerante, conocemos que la disposición de materiales de lectura y la acción mediadora cobran un rol protagónico. Por un lado, está nuestro fondo bibliográfico, curado a partir de criterios de calidad estética y literaria. Este ha sido nuestro compañero infalible para convocar la atención de personas de los más diversos orígenes y bagajes. Por otro lado, invitamos a leer incluso a quienes creen que no podrían hacerlo. Quizá les ofrecemos la posibilidad de al menos preguntárselo, lo que no ocurre a menudo debido a los imaginarios alrededor de leer, apalancados en idearios como que se requiere un intelecto superior del que se carece y, por tanto, ni siquiera se intenta acceder. Y es que como señala Zavala (2004, 25): “debido a un sinnúmero de estrategias de poder y de complejas relaciones ideológicas que desde una posición etnocéntrica buscan discriminar a diversos sectores sociales, la tecnología que implica aprender a leer y escribir se asocia descontextualizadamente con ‘conocimiento’ e ‘inteligencia’, por un lado, y ‘progreso social’, por otro”.

Frente a este abismo, hemos sido puente y, a través del tránsito de quien acepta la invitación a leer con nosotras, corroboramos la idea de que podemos todos llegar a ser lectores (literarios) —si se nos facilitan las condiciones para hacerlo y si es de nuestro interés— y, esencialmente, en razón de que, de partida, ya somos lectores (del mundo). La oralidad, en ese sentido, representa para nosotras una puerta de entrada y una compañera inseparable. Es por ello que encontramos fundamental, para motivar el vínculo con el libro, que la oralidad y las percepciones sensoriales nos acompañen desde

un sentido intrínseco y hagan parte de ese espacio simbólico que nos permite revivir la curiosidad y los afectos. En un artículo previo, lo habíamos descrito de la siguiente manera:

Nuestro compromiso es con las infancias, sin dejar de lado el público adulto que también se deja interpelar por la literatura infantil. Encontramos en la literatura una potente oportunidad para trabajar la agencia, el goce, la empatía y para despertar la duda de los niños y niñas. Esto, atravesado por resignificar el acto de leer como un acto comunitario y, al mismo tiempo, resignificar que los espacios de lectura son infinitos, no necesariamente escolarizados ni tampoco se atañen únicamente a un tipo de público. Poner los libros al aire libre y ocupar el espacio público, posibilita la creación de una comunidad que se encuentra gracias a la lectura, que diversifica y reconoce sus derechos culturales y recreativos. (Dávila y Calle 2022, 161)

Tales son las dinámicas que hemos sostenido en nuestras diferentes acciones y tales las apuestas con las que pretendemos tomar distancia de visiones elitistas de la lectura o que la piensan exclusivamente desde su dimensión utilitaria. Es con estos propósitos, y desde las visiones planteadas, que inscribimos nuestro quehacer como mediadores de lectura. Esto, a su vez, involucra no solo concientizar lo que ya venimos haciendo y recoger los aprendizajes del camino, sino también sostenernos en actitud crítica, con la dinámica propia de un proceso que está vivo y que, al tiempo que nos arroja alguna certeza, nos sigue abriendo, especialmente, preguntas, igual que ocurre cuando leemos y los libros se convierten en detonadores.

2. Mediación de lectura: vínculos posibles

Valeria Cabrera tiene quince años. Asistió al Picnic de Palabras Ecuador desde 2014, cuando tenía cinco. En el festejo de nuestro décimo aniversario ha venido junto con su familia, desde el sector de La Roldós, y nos ha traído un ejemplar del libro “Cuéntame un poquito”; allí consta un microcuento de su autoría, ganador del tercer lugar en la categoría juvenil del concurso municipal con el que se publicó la obra, en 2024. Un par de años atrás, ya nos había compartido una historia ilustrada; y, en varias ocasiones, nos ha concedido el regalo de escucharla testimoniar que fue leyendo en el parque junto a nosotras que ella se descubrió lectora y, ahora, también autora. El próximo año, Valeria se integrará al proceso formativo para mediadores de lectura dirigido al equipo interno de nuestro colectivo. Nos ha manifestado que está muy contenta de hacer parte de la Libroteca Imaginada; e igual de contentos están sus padres, que son también integrantes de esa comunidad lectora itinerante de las mañanas de domingo.

Al pensar en Valeria, me viene a la mente que la lectura por la que trabajamos no responde a intenciones instrumentales, sino que aspira a hacer accesible una manera alternativa de construir sentidos, promover el pensamiento crítico y crear comunidad. O, como recoge Munita (2020, 15): propiciar “un espacio privilegiado para ayudar a otros a construir esa relación íntima y transformadora con el mundo de lo escrito”. Conocemos que, al igual que con la lectura del mundo, el acercamiento con los libros, con la literatura y con lo poético nos es mediado por otros, ya sea de manera orgánica o de manera intencionada. Entonces, por un lado, conviene precisar que la lectura que promovemos se inscribe en la dimensión de lo literario y, por otro lado, que reconoce que su apropiación y disfrute depende de condiciones materiales y simbólicas en las que buscamos contribuir para su libre acceso. De ahí que, al mediar, nos basamos en la lectura literaria como una práctica que se edifica y a cuyos accesos podemos beneficiar desde nuestro ejercicio concreto y sostenido de mediación.

Respecto a lo primero, asumimos lo literario como una posibilidad capaz de suscitar diálogos y reivindicar significaciones interiores que ya son lecturas, aun si han sido subalternizadas. Como manifiesta Reyes (2016, 23): con la literatura, se trata “de nombrar, en un idioma secreto, en un ‘idioma otro’, aquellos misterios esenciales que nunca logramos entender: la vida, la muerte... Y lo que hay en la mitad”. Lo literario, nos permite conversar profundamente con nosotros mismos y con los otros; definirnos y, a través de las palabras, dar nombre y existencia a nuestras realidades interiores. Como subraya la autora, ese poder que tienen las palabras sobre nosotros está contenido en los cuentos (y las historias), como si fuera una “sustancia oculta” que se revela con la lectura.

En cuanto a lo segundo, Munita (2020, 28) recoge una cita de Tauveron (2002): la lectura, y en particular la lectura literaria, implica un placer “estético, intelectual, y cultural que, lejos de operar por magia, se construye”. Con ello apalanca la discusión de que el placer lector no es algo natural en el ser humano, sino que, por el contrario, está supeditado a elementos socioculturales. No se puede dejar de lado que hacen falta condiciones concretas, materiales y simbólicas, para que la posibilidad de acercarnos a la cultura escrita desde una posición de goce estético pueda ser real.

En consonancia con ello, para nosotras, mediar se inscribe dentro de un proceso, continuo y dinámico por favorecer accesos y por acompañar el encuentro entre libros y lectores. Aquí cabe acotar que un proceso no es un evento ni un conjunto de eventos aislados, aunque tengan la mejor intención. Un proceso es una práctica constante, sostenida, recurrente, es una siembra a la que hay que cuidar para que crezca y florezca.

Por ello, es fundamental reconocer que existen barreras que condicionan e incluso inhabilitan esa construcción; los contextos dados pueden facilitar o entorpecer la apropiación del contenido de los dispositivos de la cultura escrita. Al análisis de esto último estará dedicado este acápite, así como a caracterizar el rol de quienes nos identificamos como mediadores de lectura.

Lectores-oyentes

Argüelles (2017) habla de la inmaterialidad de los textos literarios y señala que en el pasado, estos “tomaban cuerpo en la voz de aquel que recordaba la tradición oral y que, por el principio del placer, compartía con otros un relato realista o fantástico, más esto último que lo primero” (25). En nuestro colectivo, ese pasado no ha dejado de ser presente y se manifiesta a través de la lectura en voz alta y la narración oral, a las que consideramos entre nuestras principales estrategias de mediación lectora. Nuestra voz, dispuesta para compartir historias narradas, cantadas o leídas me trae, a su vez, a Beatriz Robledo (2005) cuando habla de infundir un soplo vital a los libros, darles alma, al tiempo de ofrecer claves, pistas y motivar a quien escucha a explorar y entablar una relación más personal con los materiales de lectura. Los mediadores leemos en voz alta en un ejercicio deliberado y vale tener presente que lo hacemos inspirados en los seres cercanos que también prestaron su voz en su momento y que nos cantaron, nos contaron o, aun sin palabras, nos arrullaron; aun sin libros, nos hicieron conectar con la imaginación y nos ofrecieron, como diría Yolanda Reyes (2016), “la certeza de que, mientras dure la historia, papá o mamá no se irán”.

Al trasladar la reflexión a mi propio relato vital, descifro que antes de ser mediadora, primero fui lectora y eso incluye haber sido oyente; muy especialmente, de mi madre. Y, aunque mamá no me leyó libros para dormir, sí me leyó cada día de mi infancia el relato de su vida. Así me heredó también un profundo vínculo con los saberes y vivencias de mi abuela y me enseñó a devorar las historias de lucha que han acompañado su camino, tanto como sus miedos y sus conquistas. Mi madre ha sido, sobre todo, una contadora de historias, una sabedora de plantas medicinales y una sembradora de afectos y sueños. Alrededor de su cocina de leña, de sus tarareos en la piedra de lavar o de las charlas de camino al centro histórico, tomaron forma pequeños escenarios que no sabía que yo atesoraba sino hasta cuando mi historia lectora comenzó a serme revelada en ejercicios que han hecho parte de mi formación como mediadora.

Luego, sumando experiencias de sensibilización y aprendizaje, fui dilucidando que yo imagino desde que tengo memoria y que las palabras de mi madre, enlazadas por ese hilo invisible de las historias, se convertían, siendo yo una niña, en visualizaciones que me han acompañado hasta ahora que soy una persona adulta. También descifré que albergo en mi memoria, además de las palabras y sus imágenes mentales, el olor a tierra mojada, el sabor a comida ahumada, el sonido del canto materno y la textura de tantas piedras que encontrábamos de camino y que me gustaba tocar porque se habían calentado por el sol. Todas aquellas fueron mis primeras lecturas, entre escuchas, imaginaciones y una importante cuota de ternura, cobijada además por un intercambio oral que se ritualizó.

Así, agrego a lo desarrollado la noción de que leer comienza por escuchar. Y lo curioso es que esta escucha nunca se agota, tampoco cuando nos acercamos al texto escrito. Dice Chartier (2022, 13) que “leyendo ‘escuchamos’ las voces pasadas y por ello la escritura no se opondría radicalmente a la oralidad, ni la dejaría en el limbo de la ausencia”. Señala que son los ojos del lector los que permiten reestablecer la relación entre quien lee y la voz ausente de quien escribió, traerla a presencia, representarla. Reyes (2016, 15), por su parte, menciona que “leer es asistir a esa conversación entre los que están —aquí y ahora—, los que viven lejos o murieron y los que vivirán cuando no estemos”. Leer, en tanto diálogo, nos permite escuchar voces otras y, al mismo tiempo, descifrar la de nosotros mismos.

La posibilidad de vivenciar y tomar partido en este diálogo, sin embargo, no está garantizada para todo aquel que ha aprendido a decodificar textos escritos, conforme vengo mencionando; ni siquiera para quienes tienen acceso concreto a los materiales de lectura; y, por supuesto, mucho menos para aquellos que no tienen a su alcance ni libros ni espacios simbólicos para el goce estético de la literatura escrita. Para una gran mayoría, la lectura por fuera de la obligatoriedad escolar o de la imposición instrumental se presenta como una quimera. Más aún, en el contexto de nuestro país, la débil y limitada presencia de bibliotecas públicas, la disponibilidad deficiente de materiales de lectura y la reproducción de prácticas pedagógicas contraproducentes en torno a lo literario son solo algunas de varias aristas de un grave problema estructural. En ese escenario de tensión, la mediación de lectura y, concretamente, las iniciativas de mediación lectora de base colectiva/comunitaria venimos sosteniendo una alternativa real y viable que aporta en las condiciones materiales y simbólicas para acercar a las personas con los materiales literarios. Una cuestión de accesos; no pensando en que todas las personas deben

convertirse en lectores literarios sin más, sino en que todas las personas deberían al menos poder acceder y entonces vislumbrar si la lectura literaria tiene algo que decirles.

Un puente hacia la cultura escrita

En la misma línea de ir compilando señas particulares que delinear mi historia lectora, traigo una nueva referencia para puntualizar la reflexión en torno al rol que ejercemos como mediadores de lectura. Mi tío Francisco, quien al parecer experimenta los principios del Alzheimer, vino un día para hacerme recordar. Él es hermano mayor de mi madre y llegó una tarde de visita imprevista. Ese día, mientras relataba una historia musical de la familia, vino a mi mente que, hace algunos años, le entregué una carta escrita a máquina. Fue mi forma de agradecerle por haber inculcado en mi madre la lectura. Sé que fue él quien, a pesar de los medios escasos, la motivó a leer. Así reflexioné que yo también tuve un hermano mayor que me abrió, asimismo en medio de las limitaciones, una dimensión insospechada sobre leer: de muy chica, me enseñó a observar las estrellas y durante mi niñez sus lecturas fueron también las mías. Yo leía sus libros y cuando no entendía algo, se lo preguntaba a él. Así se fundó la costumbre de discutir sobre nuestras lecturas, plantearnos preguntas e interpelarnos las ideas. Aquello no ha dejado de estar presente a lo largo de los años.

Mientras rememoro estos pequeños pasajes, me pregunto por qué quisiéramos en nuestro colectivo que todas las personas accedieran a los libros y me parece que no hay más respuesta que el propio vínculo personal que sostenemos con la lectura. Cuando en 2018 habíamos definido que nuestra misión era despertar el amor por leer, nos orientó, principalmente, la certidumbre de que es posible, y quizá imprescindible, vivenciar la lectura literaria desde el disfrute y los afectos. Sin embargo, ahora también nos es importante reconocer que el “placer lector”, tal como lo enuncia Munita (2020, 28), no es algo natural en el ser humano, sino que está definido por circunstancias que condicionan su construcción. Por lo general, quienes no han tenido cercanía con prácticas lectoras en su entorno ni tampoco han accedido a posibilidades de encuentro y de socialización con los textos, difícilmente experimentarán ese placer que se tiende a esperar que sientan las personas por el solo hecho de haber sido alfabetizadas.

En la intención de compartir con los demás el amor que sentimos por leer, sintonizamos con Yolanda Reyes (2016, 23) cuando describe que “los lectores de cualquier edad, cuando nos refugiamos en la cadena de palabras de un libro, seguimos buscando esa posibilidad, muchas veces descubierta al lado de esas primeras voces y de

esas primeras historias inscritas en nosotros”. Así vuelve a habitarlos “el idioma secreto” que empezó a tomar forma en nuestro interior durante los primeros acercamientos que tuvimos con las historias. Siento que accionamos por hacer real la posibilidad de que las personas accedan a tal (re)encuentro y propiciamos que develen por sí mismos que la literatura y los libros pueden ser un vehículo hacia ello.

No obstante, lo hacemos también desde el reconocimiento de que la vinculación entre libros y lectores se ve avasallada por barreras que varían entre diferentes grupos sociales. Como dice Petit (2013, 14), a lo largo de los años hemos corroborado que, aunque la experiencia de los lectores no difiere radicalmente según el medio, lo que sí difiere son los obstáculos; “para unos todo está dado al nacer, o casi todo. Para otros, la distancia geográfica se agrega a las dificultades económicas y a los obstáculos culturales y psicológicos. [...] Si los libros no van a ellos, ellos nunca irán a los libros”. Entonces, si, por un lado, la lectura depende de contar con materiales y recursos para leer, por otro lado, vale reiterar que el vínculo entre libros y lectores no ocurre de manera espontánea.

Para profundizar en esta premisa, Sánchez (2018) manifiesta que “sin intervención exterior, ninguna persona se convierte en lector. La lectura es un acto de construcción sociocultural porque los genes humanos no transmiten la información necesaria para ser lector”. Es decir, no basta con la existencia y disposición de libros o materiales de lectura para ser lectores; ni tampoco es garantía que las personas hayan sido alfabetizadas y conozcan el acto mecánico de la (de)codificación. Para Sainz (2005), ahí se inscribe la importancia de la acción mediadora, en tanto facilita los primeros encuentros con los libros, ayuda a descubrir el significado, la emoción y el gozo que encierran, y mantiene el interés en la lectura hasta que esta llegue a formar parte indispensable de la vida cotidiana. La mediación, en tal sentido, deviene una posibilidad que, aplicada a la experiencia lectora, la reivindica como una práctica social y cultural de alta significación.

En esa línea, desde nuestra experiencia, no limitamos saber leer a saber decodificar a través del método silábico de manera que no nos concentramos en ello ni en otras formas de alfabetización. La habilidad de decodificación procura atenderse dentro del sistema educativo y me animo a afirmar que puede mejorar con la práctica. Sin embargo, creo que quienes mediamos, enfocamos nuestro esfuerzo en compartir con más personas la posibilidad de aprender a (re)conectar con ese espacio íntimo que nos detonan las historias de los libros y las propias lecturas del mundo. Al mediar, por tanto, acompañamos, no imponemos, apenas apoyamos el proceso para descifrar los sentidos

personales que le son propios a cada ser humano y que conocemos que pueden surgir a partir de leer y de encauzar lo que esas lecturas nos detonan.

Nuestra labor mediadora, por tanto, está irremediablemente ligada a la experiencia personal, y lleva consigo el compromiso de favorecer, además de condiciones materiales, accesos simbólicos para leer. Existe en ello una apuesta: replantear la relación con la lectura y sembrar una semilla que, con el pasar de los años, podría convertirse en hábito. La mediación lectora, como enfoque o postura, nos invita a acompañar a las personas a través de pautas y estrategias metodológicas que les ofrecen quizá una inquietud: que pueden convertirse en lectores, y esta es una invitación abierta a través de la que compartimos nuestros propios vínculos con las historias y el lenguaje. En todo caso, también reconocemos que cualquier lector puede encontrar su camino para convertirse en lector literario sin nuestra intervención o acompañamiento, así como que hay lectores que sencillamente disfrutan o practican mayormente la lectura que no es literaria.

En general, la referencia que quiero hacer aquí respecto a los lectores es que, más allá de haber aprendido a leer y a escribir desde la escolaridad, o incluso sin ella, han descifrado vínculos profundos con la lectura; es decir, para aquellos que, al acercarse a los textos desde una postura estética, vivencian que cobran especial importancia los sentimientos, las sensaciones y las emociones que surgen como resultado de sus lecturas. En suma, no es una concepción de la lectura atada solamente a un interés cognitivo-instrumental, sino que también se abre a la dimensión de que quien lee, relaciona lo que está leyendo con las experiencias que ha vivido y las enriquece con sus impresiones, con la construcción de sentidos y con la capacidad de asumirse desde su pensamiento crítico. Es como un juego del que uno se apropia y, aprender a hacerlo, se posibilita, en muchos casos, gracias a los puentes que tiende la labor mediadora.

Nosotros, mediadores

En diciembre de 2021, escuché por vez primera que mi abuelo paterno había sido mediador. Así me lo contaron en Bramaderos, parroquia rural de la provincia de Loja, lugar de nacimiento de mi padre. Yo llegué ahí luego de una pequeña travesía para ir a encontrar mi tierra de origen paterno y, por alguna razón, esa referencia sobre mi abuelo se me había olvidado. O quizá traspapelé el hallazgo en la memoria, probablemente porque en ese momento yo todavía no había concientizado que ser mediadora de lectura ya venía siendo mi dedicación principal o, dicho de manera más precisa, mi dedicación esencial. Hoy, que me enuncio como mediadora de lectura, me surge pensar que si mi

abuelo fue mediador (en conflictos por tierras), la mediación de lectura es, pues, una variante válida para mí, que soy su nieta. Así interpreto que yo misma soy un conjunto de historias legadas, lo que es fundamental para desenvolverme como mediadora de lectura.

He traído este pasaje, en la misma línea de ir compilando señas particulares que delinean mi propio camino mediador a fin de puntualizar la reflexión en torno al rol que ejercemos quienes nos dedicamos intencionadamente a ello. Cuando Sánchez (2018, 172) señala que “habitualmente el mediador de lectura es un adulto (o al menos un lector más experto) que ayuda a un niño o joven (o lector con menor experiencia) a integrarse en una comunidad letrada donde ocurren diversas prácticas de lectura”, pienso en la responsabilidad que implica acompañar tal proceso y en las diferentes formas en las que ese acompañamiento aterriza.

En nuestro colectivo relacionamos nuestra figura mediadora con la de un puente, un enlace que acerca libros y lectores en un diálogo de doble vía. De ahí que, al mediar, propiciamos experiencias lectoras en las que facilitamos ideas y caminos no solo para decodificar el texto, sino también para elegirlo, diseminarlo, apropiarnos de él, lo que en Chartier (2022, 10) se enuncia como “la producción silenciosa de sentido, una forma de invención que denota una capacidad creadora supeditada a condiciones económicas, sociales, culturales e históricas”. Como mediadores, estamos llamados a ser lectores asiduos, lo que parte de *leer* la disposición o indisposición de las personas frente a la cultura escrita como punto de inicio para invitarles a conectar lo que leen con sus memorias, sus historias, el lenguaje y una curiosidad que, eventualmente, puede transformarse en darle una oportunidad a la lectura. Esto resulta de una genuina disposición de escucha, acompañamiento y diálogo. Se trata, especialmente, de un ejercicio del compartir.

Michel (1992, 12) habla de que compartir es comunicar y que comunicar(se) es compartir, de modo que llegar a percibir con profundidad lo que el otro nos dice, mediante palabras, gestos, posturas, silencios, significa “entrar a jugar en serio el papel de interlocutor permanente [...] entrar, llenos de respeto, al espacio sagrado que constituye la personalidad del otro”. Es por esta razón que la conversación hace parte constitutiva de la mediación y es el espacio que se habilita para acompañar a otros a poner en palabras, si es también su voluntad, lo que una historia, un texto o un libro le ha detonado. No se trata de un cuestionario, ni de una evaluación, sino de lo que genuinamente surja desde la espontaneidad y confianza entre quien media y quien lee. Como mediadores, pulimos el

arte de la conversación que es, como dice Munita (2020): “el principio de la mediación en todo conflicto y de la construcción de sentidos de manera colectiva” (11).

Lo señalado, sumado a la postura de que consideramos que varias preconcepciones alrededor de la palabra, de la lectura, de las formas de leer y de lo que se lee requieren ser interpeladas, delinea nuestro rol de mediación. Robledo (2005, 75) describe de la siguiente manera:

Los textos escritos son un universo infinito, múltiple y diverso y es fácil perderse en ellos como una selva oscura. El mediador es quien acompaña y guía el proceso para interrogar los textos, cuestionar y dialogar con los otros a partir de una historia, de un cuento, de un poema. Se convierte en un puente entre el lector y la lectura y permite que textos que nunca hubieran llegado a una persona, lleguen a través de la lectura.

Así, nuestras formas de mediar incluyen seleccionar materiales de lectura, leer en voz alta, motivar lecturas compartidas, brindar orientaciones y dar contexto respecto a los libros. También hemos ensayado posibilidades para aterrizar esos imaginarios en los que dimensionamos la lectura más allá del código escrito y del dispositivo libro. Ello ha implicado una importante cuota de recursividad creativa y hemos incorporado lo lúdico como herramienta para vincular lo que se lee con otros lenguajes artísticos como la escritura, la música o la pintura, elementos inherentes a lo que reconocemos como una experiencia lectora afectiva, placentera y con potencial transformador.

Al respecto, Garzón (2020) señala con acierto que cuando se incorpora la lúdica en la mediación, se incorpora al ‘participante’ en la dimensión creativa de la cultura, convirtiéndose en protagonista y no en simple espectador. Integrar de manera activa a los participantes en la mediación de lectura, permite que estos cocreen y complementen las lecturas con esas experiencias, conocimientos y sentimientos que hacen parte de su bagaje vital y de su historia lectora. Por ello, no es posible que seamos mediadores, sin que irremediablemente seamos lectores, también de las personas a las que acompañamos. Y hemos procurado incorporar estas dimensiones en nuestras prácticas y procesos.

Me gustaría manifestar también que nuestro rol como mediadores de lectura se ha mantenido en constante definición, sin desapegarnos de los escenarios a los que nos enfrentamos y sin dejar de reconocer que las apuestas que estamos haciendo van, lamentablemente, a contracorriente. Decía antes que primero fui lectora, reconociendo que ello incluye haber sido oyente; luego la vida me convirtió en mediadora. Ahora he venido con un par de ideas y las he puesto en diálogo con lo que sigo leyendo. Para ese diálogo he escrito; es decir, he devuelto mis pensamientos al código escrito para que otras

personas me lean. Es tal el ejercicio cíclico que me acompaña y que, en gran medida, acompaña el espíritu de nuestro colectivo y sus proyectos.

Para cerrar traigo a Petit (2016, 35), cuando dice que “es vital presentar el mundo a los niños a través de los libros y otros bienes culturales, hacer deseable la apropiación de la cultura escrita, de la literatura, oral y escrita, del arte, en todas sus formas”. Nosotras creemos que esta tarea no está solo pendiente para niños y niñas, sino para las personas en general y más aún si estas personas están hoy encargadas de llevar las riendas de la lectura para las infancias. Tal como habíamos reflexionado anteriormente: “la noción que inspira a sacar al aire libre una biblioteca de literatura infantil y juvenil es la necesidad de replantear un acceso y una relación con el libro” (Dávila y Calle 2022, 161).

En suma, la mediación lectora que ejercemos, en su dimensión simbólica, apunta a propiciar experiencias de lectura que se amplían a las lógicas convencionales. Como mediadores, nuestra trinchera ha sido el espacio público, lo que nos ha permitido vislumbrar un rol distinto de la lectura: esta no se ata a un compromiso ni atiende a un resultado concreto al cual responder. Seguimos reconociendo que la nuestra es una entre diferentes alternativas de hacer. En todo caso, la trayectoria nos ha llevado a ir reconociendo la potencia de nuestra acción y derivar, a partir de ello, en otras posibilidades de experimentación, con resultados alentadores. Estos serán analizados en el siguiente capítulo.

Capítulo segundo

La resistencia de lo colectivo: abrir los márgenes desde una política cultural por la lectura

La primera vez que escribí sobre este colectivo fue en 2018. Ese año fuimos uno de los proyectos ganadores del programa *Ciudad, Derechos y Naturaleza*, organizado por el MediaLab Quito y la GIZ Ecuador. Accedimos a una beca de acompañamiento que dio lugar a nuestra primera experiencia de fortalecimiento organizativo. Decidimos construir un modelo de gestión cultural para garantizar la sostenibilidad del proyecto Picnic de Palabras Ecuador y ese fue el detonante para aterrizar una sistematización de los primeros cuatro años de existencia. Puedo notar ahora que, para entonces y hasta hace poco, la perspectiva de nuestro análisis se concentró en los encuentros de lectura en el parque e hicimos que el nombre *Picnic de Palabras* se extendiera, como una manta, a todo lo que se había gestado por fuera de él. No habíamos distinguido, sin embargo, que a la par del proyecto, había también tomado forma un colectivo, una conjunción de personas que, además de replicar una iniciativa de origen colombiano, le había dotado de carácter propio y había sembrado otras semillas a su alrededor que repercutieron favorablemente en su fortalecimiento como práctica.

Por añadidura, en nuestro colectivo existió siempre una conciencia internalizada sobre la replicabilidad de los encuentros de lectura en formato de picnic. No solo que habíamos nacido como réplica, sino que, además, durante los primeros años del proyecto, el equipo a cargo había levantado insumos metodológicos a manera de instructivos o manuales breves. Recuerdo, durante el proceso de sistematización, haber recopilado documentos inéditos del tipo *¿Qué queremos hacer con Picnic de Palabras?*, *Guía para mediadores Quito*, o *Cómo hacer tu propio Picnic*. Eran insumos elaborados por quienes iniciaron el proyecto en Ecuador y por voluntarias de los primeros años de la iniciativa. Las nociones recogidas en estos materiales daban cuenta del interés, siempre presente, de compartir con más personas pautas sencillas que les permitieran incorporarse al proceso ya existente en el parque La Carolina o de motivarse a iniciar una réplica para sus respectivos contextos o localidades. El equipo inicial contaba también para entonces con algunas experiencias de réplica; entre ellas, en Don Juan, Manabí, tras el terremoto de 2016; en Imbabura, en alianza con la Fábrica Imbabura, durante el último trimestre de

2019; en Cumbayá, de 2019 a 2020, en alianza con la iniciativa Luna Cuentos; y, en Cuenca, desde 2019, con su propio equipo de voluntarias y voluntarios.

En paralelo, entre 2016 y 2017, mientras se iba consolidando un grupo de voluntarios, que llegó a congregarse a doce colaboradores en su momento de mejor confluencia, iba también asentándose el terreno para una línea formativa en mediación lectora. Esta permitió que se nos brindara a quienes veníamos llegando las nociones necesarias para desenvolvernos como mediadores de lectura, todo ello en intercambio con nuestros propios saberes. Aunque provenientes de disciplinas y campos diversos, no necesariamente vinculados con lo literario, nuestros bagajes no dejaron de ser considerados válidos y se fraguó una coincidencia grupal entre nuestra predilección personal por leer, experiencias previas de trabajo con comunidades, la inspiración que nos transmitía el proyecto en el parque y la disposición para sumarnos a las apuestas que este planteaba. Todo ello nos aunó y pudieron confluír los aportes en una mirada interdisciplinaria, una de las constantes clave de nuestra historia en colectividad.

La conjunción de circunstancias, sumada al ejercicio de sistematización, determinó que, cuando levantamos nuestra planeación estratégica en 2018, resolviéramos plasmar como visión a cinco años una intención colectiva por “ampliar el campo de acción del Picnic de Palabras Ecuador a zonas vulnerables y rurales, con el empoderamiento de la población local y previa formación brindada por nuestro equipo de trabajo” (Calle y Veloz 2019). Ya para entonces, no solo que reconocíamos la replicabilidad del proyecto, sino que también nos fue visible dimensionar que no era nuestra intención llegar a intervenir contextos o territorios desde una lógica asistencialista y esporádica, sino apenas que teníamos algo para compartir con quienes tuvieran el interés o la intención de promover la lectura en sus propios contextos. Ampliar el proyecto a otras áreas geográficas nos significaba, a fin de cuentas, favorecer el acceso a la cultura escrita y comprendíamos que esa era una labor de varias manos, más allá de las nuestras solamente. También habíamos comenzado a reconocer en nuestra práctica una alternativa posible para esos propósitos, de manera que para 2022 ya maduró la idea de que podíamos acompañar, que contábamos con un corpus metodológico, erigido en el hacer y en el diálogo, y que habíamos afianzado perspectivas tanto teóricas como experienciales que tenían algo para contribuir.

En todo caso, de cuando enunciamos esa visión a la actualidad, varias cosas ocurrieron, lo que corresponde a un proceso cuando está vivo y es dinámico. En cinco años, no todo sucedió como podríamos haber prevenido, pero lo sustancial es que no dejó

de suceder, nos mantuvimos en movimiento. Este capítulo estará dedicado a reflexionar sobre ese andar: sus apuestas, sus aprendizajes, las inquietudes y esperanzas que no han dejado de florecer, las semillas que se abren vida en medio de las grietas surgidas en el ejercicio de ponernos en marcha por la lectura y las bibliotecas y los resultados de mantenernos en disposición crítica en medio de esta labor. Así también, la noción de política cultural no estatal, que involucra una conciencia de que quienes nos movemos en lo cultural estamos ejerciendo un posicionamiento político. Con estas intenciones, el análisis irá de la mano de pensarnos a partir de la teorización callejera, desde lo colectivo, en diálogo con lo diverso y con horizonte en lo intercultural.

1. Favorecer lo público

Nivón Bolán (2013, 25) describe que, en América Latina, la cultura se intervino en un contexto de modernización de la región: “pensar la modernidad latinoamericana era imaginar la cultura occidental con las aportaciones ‘positivas’ propias de cada nación”; y, en tal medida, “una tarea a cargo de las élites, de la gente letrada, aquella que podía asomarse al universo europeo con el suficiente acervo educativo y reflejar en parte el alma de la cultura popular”. De ahí recoge que algunos sectores intelectuales latinoamericanos direccionaron la política cultural hacia la construcción de instituciones que apoyaran el propósito de alcanzar la modernidad occidental: museos, escuelas, orquestas, bibliotecas, arte moderno, etc. De esta manera, la política cultural vinculada con los libros, las bibliotecas y la lectura se mantuvo también circunscrita a imaginarios específicos de dominancia cultural. En todo caso, si bien discursivamente se les ha dimensionado como ámbitos sustanciales para el progreso y la modernización, desde lo público no se han instaurado ejercicios concretos que hayan logrado democratizar sus accesos.

Me he preguntado, en medio de ello, si es el derecho a leer lo mismo que el derecho a la cultura escrita. Antes habría dicho que sí, y siento que a tal propósito le hemos dedicado nuestra labor como colectivo. Sin embargo, ahora alcanzo a distinguir que el derecho a leer no solo debiera involucrar los factores que determinan el acceso y disfrute de la cultura escrita, sino también poner en discusión la centralidad de lo escrito y, ser, por tal razón, más amplio que ello (aun a pesar de que los últimos planteamientos teóricos incorporan la oralidad en nexo directo con la cultura escrita, como en el caso de las nuevas literacidades). De todas maneras, frente a la idea de que más personas puedan acceder a la cultura escrita a través de la lectura, pienso en Silvia Castrillón (2004, 10),

cuando enuncia que alrededor de la lectura se mueven diferentes propósitos y la necesidad de su democratización obedece a diversos fines. De ello, interpela: “solo cuando la lectura constituya una necesidad sentida por grandes sectores de la población, y esta población considere que la lectura puede ser un instrumento para su beneficio y sea de su interés apropiarse de ella, podemos pensar en una democratización de la cultura escrita”.

Encuentro indispensable, en medida de ello, poner en cuestión la tendencia a equiparar el derecho a leer con el interés predominante de cumplir con objetivos utilitarios o alcanzar indicadores por fuera de las realidades de las personas. No insinúo con ello que se le reste su valor y sentido a la lectura de tipo instrumental, pero sí que reflexionemos sobre la priorización que se da a estándares del tipo de número de libros leídos por año o índices de comprensión lectora según el sistema de educación formal. Juan Domingo Argüelles (2017, 19), en referencia al contexto mexicano, plantea una postura que bien calza a nuestro contexto ecuatoriano:

Se habla mucho de la lectura, de los libros y de los beneficios que produce. Y entre los varios argumentos que se ofrecen para desear que la gente lea con mayor frecuencia está, asombrosa y patrióticamente, el de las estadísticas: el bajo índice lector de México que se compara con el muy alto de otros países. Los europeos siempre están a la vanguardia, y además se ufanan de ello. Por tanto, los que somos culpables de bajar las estadísticas tendríamos que avergonzarnos.

En efecto, la estadística en cuanto al número de lectores es percibida como una problemática social que demanda resolución. Pueda ser que, por esta razón, la mediación lectora ha logrado gran resonancia en las políticas culturales de varios países de América Latina. Felipe Munita, en una entrevista para la Cátedra del Perú (2018), enuncia la mediación como una respuesta social a una situación de conflicto, y alude a que, en el caso de la lectura, el conflicto se presenta como la ausencia de lectores, o su limitado número, y la mediación como una alternativa para responder a tal problemática social. Sin embargo, vale traer a discusión que pocos se han detenido a pensar qué lectores y, todavía menos, están poniendo en discusión los cánones a los que deben ajustarse esos lectores para ser considerados como tal.

Así también, aunque la lectura se presenta como un estándar deseable y su fomento como un valor ampliamente compartido, se presta menor atención a los factores estructurales que condicionan su práctica efectiva y que hacen que esté restringida para un gran número de personas. Es decir, se le inhibe de las cargas históricas, culturales y sociales que le atañen y a las que habíamos hecho alusión en el primer capítulo. Por

añadidura, es común también que se minimicen otras formas de interacción con lo escrito que posibilitan caminos hacia la construcción de subjetividades, la participación social y el tejido comunitario. En nuestra experiencia, no ha sido inusual encontrarnos con perspectivas institucionalizadas que desestiman la lectura que se aborda desde una dimensión estética, de manera que cuando la lectura no responde a intenciones instrumentales, que alimenten lo cuantitativo o que se ajusten a estándares escolarizados de comprensión lectora, pareciera tener menor valor o ninguno. Todo esto, por consecuencia, se traslada a las visiones estatales de fomento a la lectura, que pueden incurrir en hacer declaratorias y planes con presupuestos limitados, sin compromiso de sostenimiento a mediano y largo plazo.

Haciendo un vistazo regional, en el marco de la XIII Cumbre Iberoamericana de Jefes de Estado y de Gobierno, en 2003, se creó la Red Iberoamericana de Responsables de Políticas y Planes de Lectura (Redplanes). Esta surgió con el compromiso de impulsar políticas de lectura en la región y con el propósito central de “contribuir a que la lectura, la escritura, la oralidad y el acceso a las bibliotecas sean concebidos como parte de los derechos educativos y culturales de la ciudadanía y, por ende, se consideren como asunto de política pública” (Cerlalc 2023). Dos décadas más tarde, a diferencia de lo que ha ocurrido en el contexto latinoamericano, en el Ecuador no han logrado instalarse de manera decisiva políticas culturales estatales por el acceso y fomento a la lectura. A pesar de ello, o en razón de ello precisamente, el panorama nacional da cuenta de diferentes iniciativas de mediación y promoción lectora impulsadas y sostenidas desde la ciudadanía. Se han conformado colectivos y propuestas independientes y autogestionadas que motivan y acompañan la formación de lectores y bibliotecas comunitarias en diferentes territorios del país.

Es en este escenario que, del trabajo de Arturo Escobar (2001), tomo la referencia de política cultural de base ciudadana. El autor plantea que las prácticas culturales son intrínsecamente políticas y deben ser entendidas en el contexto de las luchas locales. Sus planteamientos destacan la importancia de empoderar a las comunidades para que definan sus propias políticas culturales; y, en ello, sería posible inscribir la labor de iniciativas de promoción lectora como la Libroteca Imaginada, que se erigen a partir de conocimientos y prácticas locales que invitan a fortalecer el tejido social, (re)habitar el espacio público y conformar comunidades alrededor de lectura. Esta noción de políticas culturales que emergen desde las comunidades locales es trascendental para analizar los impactos de un proceso de mediación lectora, en el sentido de que ya se ejerce política cultural aun

cuando esta no proviene del Estado. Además, estos esfuerzos, que en varios casos se desarrollan de manera voluntaria y autogestionada, han fraguado, a su vez, una comunidad lectora como resultado del ejercicio práctico, colaborativo y sostenido de varios años. De ahí también su potencialidad metodológica, epistémica y política.

En clave de *callejera*

Lugones (2020) plantea una *teorización callejera* para reconocer nuestros ejercicios de resistencia en la cotidianidad, comprender nuestras propias actividades, reconcebir las intencionalidades sin caer en la ficción de las agencias individuales y transitar hacia una epistemología de la resistencia/liberación. Para ello, aborda la espacialidad de la calle e invita a teorizar la resistencia desde una posición subalterna y desde el interior de lo concreto, desde los encuentros y desencuentros del espacio público y la intersubjetividad. El aceptar su invitación me ha significado, en un primer momento, pensar en mis propias experiencias como *callejera*, como habitante que anda, que transforma y se transforma junto a otras andantes y callejeras. Luego, me ha permitido reconocer “prácticas táctico-estratégicas”, miopías, intencionalidades, guaridas y formas de resistir que son constitutivas de nuestra andanza, también callejera, como Libroteca Imaginada. En efecto, el andar por ahí ha sido camino para “aprender, escuchar, transmitir información, participar en creaciones comunicativas, calibrar posibilidades, tener un sentido de las orientaciones de la intencionalidad, ganar profundidad social” (311).

Conviene, sin embargo, recoger algunas puntualizaciones de la autora. En primer lugar, está el reconocimiento de que existe una dicotomía estrategia/táctica; en ella, la teoría está atada a la estrategia y la resistencia está atada a la táctica. Los teóricos de la sociedad, al igual que los políticos, ocupan la posición del estratega; es decir, miran desde lo alto e imaginan, teorizan y crean abstracción desde arriba. Mientras tanto, los sujetos sostienen su supervivencia cotidiana a través de prácticas de resistencia, que miran desde adentro lo concreto y se mueven desde lo táctico. Lugones identifica imprescindible rebasar el bloqueo conceptual que tal dicotomía supone; es decir, revertir que la resistencia quede reducida únicamente a lo táctico, sino disrumpir hacia una epistemología en la que no solo se teorice desde la estrategia, sino también desde la práctica. Allí se emplaza la *teorización callejera*, que comprende y moviliza una resistencia a las opresiones entremezcladas. La «táctico-estratega» no es, por tanto, la «teórica», alguien aparte de quienes ocupan la espacialidad de la calle, sino la «callejera», quien no distingue sujeto/objeto en la teorización, ni teorización apartada de la práctica,

sino que hace parte de ella y es ahí donde encuentra guaridas y ahí también donde descifra su propia mirada miope y fragmentaria.

Con nuestro colectivo, hemos descifrado esas guaridas precisamente en el andar y en el hacer. Y aquí conviene hacer un recuento breve que llegó de la mano de nuestro cambio de denominación. En mayo de 2023, luego de inscribirnos legalmente como Libroteca Imaginada, siguió un período de asentamiento interno que nos tomó alrededor de un año y medio hasta que comunicamos oficialmente el cambio de denominación a través de redes sociales, en noviembre de 2024. Durante esta transición, asimilamos que no se trataba solamente de un nombre diferente o de una organización jurídica naciente, sino, sobre todo, de una respuesta a una necesidad latente y que no siempre se nos presentó tan clara: darle su lugar y dimensión a las iniciativas que habíamos gestado colectivamente más allá del Picnic de Palabras. Si bien este fue nuestro proyecto raíz — sembrado hace diez años por otras manos y sostenido hasta la actualidad por las nuestras— habíamos mimetizado todo el trabajo en paralelo bajo el mismo denominativo, sin alcanzar a distinguir las ramificaciones y las nuevas siembras que habían surgido como resultado de la labor del equipo, voluntarias y voluntarios de dedicación permanente o itinerante.

La transición, por tanto, más allá de una cuestión de marca o imagen, nos significó visitar nuestro camino y reconocer desde una nueva perspectiva el proceso colectivo. La intención de legalización, que veníamos discutiendo desde el año 2019, aglutinó las reflexiones que fueron la base para reorganizar nuestra acción, para proyectar, soñar y dibujar los horizontes venideros de la mano de una figura jurídica. Fue también para mí un tiempo de tomar conciencia del legado que había asumido, no al tiempo de la creación legal de la organización, sino mucho antes, quizá cuando Emilia Andrade, una de las fundadoras del Picnic, me había dicho “este proyecto es también tuyo”. De ahí que yo misma me reconozco como una de las semillas florecidas de su siembra.

Unos meses más adelante de la legalización, al cierre de 2023, dilucidamos que ya veníamos haciendo camino a través de tres líneas estratégicas: 1) mediación de lectura; 2) formación y acompañamiento; y, 3) incidencia ciudadana. De cada una, se desprende actualmente una iniciativa específica, resultado de diferentes postas y como suma de aportes, apuestas y ensayos que dieron lugar a procesos de creación colectiva. Ahora, a los encuentros de lectura en formato de picnic de palabras los concebimos dentro de la línea de mediación lectora, junto con otras experiencias de activaciones y programaciones que hemos diseñado e implementado para bibliotecas, espacios culturales e instituciones

educativas, tanto en áreas urbanas como rurales. Dentro de la línea de formación y acompañamiento, hemos despegado el programa *Hilando Palabras*, un laboratorio para gestar y poner en marcha iniciativas de lectura y bibliotecas, lo que involucra también procesos formativos en mediación lectora dirigidos a públicos en contextos diversos. Y, en la línea de incidencia, acabamos de dar forma al primer *Encuentro Intercultural LEO*, espacio al que abrimos nuestras inquietudes y hallazgos con la intención de propiciar un diálogo con otras experiencias de fomento a la lectura, escritura y oralidad, (re)conocernos y conectar entre nuestras trayectorias.

A la par de estas definiciones, también hemos replanteado nuestros ejes de trabajo. Antes, en 2018, habíamos definido que estos eran educación, asociatividad, espacio público y derechos culturales (centrados todos en el Picnic de Palabras). Cinco años más tarde, en 2023, resolvimos pertinente ampliar la perspectiva de nuestros pilares y empatar con lo que ya veníamos haciendo. Estos ahora son: territorio, aprendizaje y comunidad, sumados a derechos culturales (que decidimos mantener). Encontramos que estos ejes reflejan lo que históricamente ha atravesado nuestra accionar colectivo y que además marcan una orientación clara hacia nuestro propósito como Libroteca Imaginada: promover accesos libres e iniciativas de mediación lectora que reivindicquen la lectura y sus diferentes prácticas como un derecho cultural de todas las personas. Estos ejes, al mismo tiempo se han delineado como resultado de la interacción con otros.

Así vuelvo a Lugones (2020) cuando menciona que “los sujetos participan en la generación de intenciones, pero las intenciones cobran vida en la medida en la que existan entre sujetos”. Las intenciones son formas de transgredir. Transgredir, en nuestro caso, se ha apalancado en formas de un habitar profundizado, de comprender con profundidad lo social y de asumir una subjetividad activa, capaz de entrelazarse con otras subjetividades y alterar así la espacialidad abstracta de la fragmentación social. En cierto modo, pensarnos desde la lógica callejera me permite identificar posturas táctico-estratégicas que construyen significados conjuntos, se hilvanan con otros y pasan a convertirse en “multitudes callejeras”. Todo desde una práctica de exploración y experimentación colectivizada.

Un laboratorio

Plantea Vich (2021, 12) que “para quienes trabajamos con prácticas simbólicas, hacer política implica construir y proponer formas que alteren la percepción de lo existente, que muestren posibilidades desconocidas y contribuyan a crear nuevas

identidades y nuevos modos de relación entre las personas”. *Hilando Palabras: proyectos de lectura y bibliotecas* es una línea programática que recoge los aprendizajes de los últimos cinco años de experiencia metodológica y práctica compartiendo con otros nuestros haceres, saberes y reflexiones alrededor de leer y mediar. Dentro de esta línea, consideramos procesos formativos ajustados a la idea de laboratorio, en tanto espacio de experimentación y creación colaborativa. Como había mencionado antes, las primeras experiencias de capacitación de nuestro colectivo surgieron de la necesidad —o de una intuición de avanzada— de transmitir nociones esenciales a los nuevos voluntarios y voluntarias del Picnic de Palabras Ecuador. Luego se amplió a estudiantes universitarios vinculados a nuestro proyecto para completar horas de servicio comunitario. Actualmente, ha derivado en una propuesta de acompañamiento para personas, grupos u organizaciones que desean impulsar iniciativas de mediación lectora y bibliotecas para sus contextos locales.

Para llegar ahí, las raíces se fueron extendiendo, profundizando. Entre 2018 y 2022, sostuvimos una alianza con la Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador (PUCE) a través de su programa de vinculación con la colectividad. En un periodo de cinco años, brindamos capacitación en mediación lectora a ocho cohortes de estudiantes y los vinculamos con los encuentros del Picnic de Palabras Ecuador, en el parque La Carolina y en otros picnics itinerantes. Esta formación introductoria nació anclada a la idea de capacitar mediadores para la instalación tipo Picnic y tenía como resultado el diseño de una estrategia de mediación lectora a partir de un libro seleccionado por los estudiantes. De manera paulatina, los talleres se fueron abriendo a otras metodologías y a nuevas discusiones teórico-conceptuales. Ajustamos la propuesta formativa hasta que las últimas cohortes llegaron a implementar, además de las estrategias, encuentros de lectura en sus localidades como resultado final del proceso de vinculación.

Sobre esto último, la pandemia por COVID-19 tuvo su influencia. En un primer momento, durante el 2020, sostuvimos todas nuestras acciones desde la virtualidad, de manera que tanto la formación como las estrategias diseñadas por los estudiantes se realizaron a través de medios digitales. En 2021, el uso del espacio público para actividades colectivas seguía sin ser una opción viable ya que estaban todavía vigentes las restricciones de movilidad. Fue en ese contexto que surgió la alternativa de motivar a los estudiantes a que pudieran diseñar estrategias pensadas para sus barrios o para las instituciones en las que trabajaban. Uno de los estudiantes de Pedagogía musical, fue el

primero que puso en marcha un encuentro de lectura y una estrategia *in situ*, en el barrio de Toctiuco, centro de Quito. Unos meses más adelante, volvimos a proponer la opción a los estudiantes; cerramos el 2021 con picnics y estrategias de mediación en La Magdalena, al sur de Quito, y en la ciudad de Ambato. Para diciembre de 2022, se activaron en simultáneo tres encuentros de lectura en espacios públicos en Cotacollao, Guayllabamba y Conocoto. En cada uno de estos ejercicios, los estudiantes, estuvieron a cargo de gestionar los permisos correspondientes y de poner en marcha las estrategias de mediación diseñadas con nuestro acompañamiento. De manera adicional, nuestro equipo facilitó una selección de libros que se dotaron en préstamo para estas activaciones, así como manteles y parasoles.

En paralelo a los procesos formativos con la PUCE, las raíces de la experiencia formativa venían también nutriéndose de procesos de capacitación dirigidos a participantes con quienes nos enlazamos por otros vínculos y alianzas estratégicas. Entre ellos, los facilitadores de educación de la fundación Children International (2019); el público participante de la Feria del Libro de Cusco (2019); y, actores comunitarios y barriales de El Coca, convocados por el Museo Arqueológico y Centro Cultural de Orellana (MACCO), ganador del fondo concursable de Iberbibliotecas 2021. Estas formaciones incorporaron una experiencia final destinada a que los participantes pusieran en marcha estrategias de mediación lectora durante encuentros de lectura en formato de picnic. Se fue esbozando de esta manera una línea no solo formativa, sino también de acompañamiento.

Si bien los encuentros de lectura itinerantes habían estado presentes desde 2015, lo que se fue configurando con el tiempo, tanto por la experiencia de vinculación universitaria como por los procesos formativos a terceros, fue que, en esos contextos, ya no solo éramos nosotros quienes llegábamos a activar encuentros de lectura en los espacios, sino que fue tomando forma una variante en la que eran los participantes quienes llegaban a intervenir sus propios contextos. Así, se fue abriendo una dimensión que nos permitió entrever la pertinencia de acompañar a quienes tuvieran la intención de accionar por la lectura y de orientar a que pudieran enlazar los aprendizajes a sus espacios habitados.

Eso, en todo caso, no resultaba tan novedoso si consideramos que, desde siempre, nos había orientado la intención de que más réplicas de picnic se abrieran (como parte de ello, los documentos instructivos para quien quisiera empezar). No obstante, lo que había ido cuajando con el tiempo, y con los diferentes ejercicios experienciales, fue la noción

de que teníamos algo para aportar a quienes decidieran dar el salto. Cada proceso fue también ocasión de alimentar el condumio teórico-conceptual alrededor de nuestra acción y de concientizar sobre los aprendizajes que habíamos ido acumulando casa adentro. Se distinguió además una dimensión política del alcance de la formación de mediadores y de nuestro rol para impulsar procesos de base local. En medio de todo, algunas preguntas sustanciales: ¿qué nos concedía el *derecho* de llegar a un espacio para promover lecturas? Y, ¿cómo podíamos propiciar un diálogo con las lecturas propias de la gente?

Del conjunto de saberes fraguados, surgió el diseño de propuestas que de principio no llegaron a enrumbarse, bien por falta de presupuesto o de seguimiento. Sin embargo, todo fue alimentando el archivo colectivo, como si aguardara en estado de latencia hasta cuando fuera el momento. En 2024, desplegamos el primer proceso de formación y acompañamiento ya en la lógica de laboratorio. Este estuvo dirigido a un equipo de facilitadores, gestores y voluntarios de cinco bibliotecas en centros comunitarios de la organización Children International. Transitamos de los talleres teórico prácticos a una propuesta que nos permitió articular los espacios formativos con una ruta bibliotecaria.

Es decir, se abordaron conceptos básicos, estrategias, metodologías y herramientas dispuestas por la Libroteca Imaginada; entre ellos: las concepciones de lectura; el rol de los mediadores en la construcción de comunidades lectoras; pautas para lectura en voz alta; ambientes y materiales para mediar y criterios básicos para su selección; otros lenguajes artísticos que acompañan la experiencia lectora; orientaciones para propiciar diálogos y formular preguntas, etc. En paralelo, cada taller formativo se desarrolló como parte de una ruta lectora en la que los participantes vivenciaron y conocieron otros espacios y experiencias de fomento lector, compartieron con bibliotecarios y mediadores y se inspiraron para replicar acciones de promoción y mediación de lectura en sus propias comunidades.

Luego siguió, por parte de nuestro equipo, la visita a los espacios comunitarios de los participantes en sectores urbano-periféricos, a fin de acompañar el diseño y ejecución de una estrategia para activar encuentros de mediación lectora y dinamizar las bibliotecas. En esta etapa desplegamos una labor de acompañamiento durante el proceso y de retroalimentación luego de un ejercicio de ejecución práctica. El entusiasmo de los participantes nos dejó entrever, una vez más, que las semillas se dispersan y que la posibilidad de leer en espacios por fuera de las centralidades es una necesidad. Sobre todo, que este camino se siembra a varias voluntades.

2. Tejer en el diálogo lo diverso

Nuestro colectivo ha sido dinámico y siempre abierto, para quien quiere llegar, para quien decide partir, con idas, vueltas, llegadas, despedidas, retornos¹. Sin ser del todo conscientes, nos juntamos voluntades y saberes diversos y nos tejíó el hilo invisible de la lectura. Se fueron despertando intenciones, oportunidades y manos que aterrizaron otras posibilidades más allá del parque. Los bagajes individuales de quienes hemos hecho parte, puestos en diálogo y acción, han permitido sentar los pilares filosóficos y metodológicos de nuestras prácticas, así como ampliar nuestro ejercicio a nuevas propuestas. Resultado de estas entregas, hemos tejido una comunidad alrededor y nos hemos abierto un lugar para esta labor a varias manos en el campo de la mediación y promoción a la lectura en el Ecuador. Esto no habría sido posible sin la voluntad de quienes hemos hecho parte.

De ello también reconozco que hemos dado lugar a prácticas fundadas en la reciprocidad, la solidaridad colectiva, la libertad de la opción individual, las decisiones colectivamente consentidas. Lo hemos hecho en medio de las imposiciones y contracorrientes que implica sostener desde la autogestión iniciativas de lectura abiertas a la gente. Lo hemos hecho también a pesar de que eso mismo nos lleve a un constante conflicto, a repensarnos e interpelarnos desde la misma estructura colectiva respecto a nuestro rol, nuestro alcance, nuestra posición frente a la desatención estatal. Diré, por tanto, que resistimos: porque cocreamos, porque nos vemos y nos reconocemos presencias, influencias, capacidad de transformarnos, relevarnos y ponernos a dialogar con quienes también colocan el cuerpo y la voluntad. Dice Marina Garcés (2022, 75):

¿Y si los cuerpos no están ni juntos ni separados? Más allá de la dualidad unión/separación, los cuerpos se continúan. No solo porque se reproducen, sino porque son finitos. Donde no llega mi mano, llega la de otro. Lo que no sabe mi cerebro, lo sabe el de otro. Lo que no veo a mi espalda alguien lo percibe desde otro ángulo... La finitud, como condición no de la separación sino de la continuación, es la base para otra concepción del nosotros

Entonces, si además de reconocer este colectivo no solo como nuestro, sino como aquel que no acaba con nosotros, que se seguirá contando con la historia de quienes

¹ A principios de 2020, reconocíamos un colectivo con distintos niveles de implicancia y de diferentes tiempos de vinculación. La base de colaboradores de entonces estuvo conformada por Emilia Andrade, Catalina Unigarro, Ana Paula Ramírez, Gina López, Paola López, Silvia Albuja, Silvia Vallejo, Jhon Jader Acosta, Verónica Angulo, Talía Calle, Josué Veloz, Margarita Yépez, Christian Guayasamín, Paola Carrillo y Daniela Dávila. A 2024, varias personas han salido, y sostenemos el contacto con algunas de ellas, siempre con la disposición abierta. Actualmente, se han sumado Oliva Dávila y Ronie Barrera.

vendrán y con el diálogo con quienes han gestado sus propios rumbos, quizá coincidiremos en que esta labor seguirá siendo siembra inagotable, multicolor, (in)finita y que se hará más grande en la medida que logremos colocar en la zona del común los esfuerzos en dispersión. Sobre ello reflexiono en este acápite y traigo a colación dos experiencias que concibo tejido de lo diverso y con el nosotros.

En colmena

En un escenario nacional en el que no ha logrado instalarse una política estatal determinante para la lectura, existimos colectivos e iniciativas independientes que hemos dedicado buena parte de nuestros esfuerzos hacia la concreción de comunidades lectoras desde el ejercicio práctico, colaborativo y sostenido. Junto con estas iniciativas compartimos procesos que reconocen la lectura como una práctica social, cultural y afectiva, que habilitan las condiciones materiales y simbólicas para la formación de lectores; y que, en suma, contribuyen al derecho de las y los ecuatorianos a leer. Nuestros hallazgos en cuanto a la lectura que teje comunidad, que genera sentidos y transforma (siempre y cuando se propician las condiciones para hacerlo) nos han empujado a impulsar conversaciones con otros pares: personas y proyectos, y hemos ido descifrando coincidencias como razón para confluir y articularnos. Reconocemos en ello una oportunidad que repercute en nuestra capacidad de incidencia colectiva en favor del derecho a leer.

Sitúo como punto en el tiempo a octubre de 2022. Al cierre de la quinta edición del *FestiArtes*, en Manabí, compartimos una velada de despedida junto con Valeria Sáenz y Paola Martínez, gestoras de las bibliotecas independientes Casa Búho, en Machalilla, y Claraluna, en Puerto López, respectivamente. Esa noche charlamos sobre las vicisitudes de sostener iniciativas de mediación y promoción lectora a contracorriente; además, ambas, en territorios amenazados directamente por el narcotráfico y la delincuencia organizada. Igual que durante todo ese año para mí, yo venía evidenciando que, en diferentes provincias del país, las preocupaciones y los desafíos de quienes sostenemos este tipo de iniciativas eran básicamente los mismos: financiamiento, falta de apoyo gubernamental, la existencia de una fuerte demanda lectora que no se alcanza a cubrir con nuestros recursos y esfuerzos... Regreso en esta última línea: ¿quién hablaría de una “fuerte demanda lectora” en un país cuyas estadísticas oficiales arrojan que se lee en promedio un libro completo y dos libros incompletos al año? O, a decir de ciertos funcionarios públicos y tomadores de decisiones: ¿qué tantos recursos y esfuerzos hacen

falta en un contexto en el que las bibliotecas son de interés para apenas el 4,2 % de la población? Estos son datos que recoge la última “Encuesta de hábitos lectores, prácticas y consumos culturales” (Ministerio de Cultura 2022).

A mi regreso a Quito, seguí compartiendo charla y pensamientos con otros colegas, compañeras y compañeros de camino, gestores de proyectos hermanos, un par de bibliotecarios, algunos conocidos del sector editorial. Corroboré que existía una preocupación compartida por la situación de la lectura en el país y con cada conversación se fue fortaleciendo la idea de una acción colectiva. El 19 de octubre de 2022, abrí el chat grupal *ManifiestoPorLaLectura* con una propuesta de arranque: “aprovechar el lunes, 24 de octubre, día internacional de las bibliotecas, para viralizar un manifiesto colectivo en las redes sociales de nuestras organizaciones/iniciativas y en las cuentas personales”. Además de ello, una invitación para sumar libremente a otras personas y/o proyectos.

Siguieron un par de días con presentaciones cortas y manifestaciones de interés hasta que el viernes 21 de octubre de 2022, reunidos en formato híbrido en el Atelier UIO, resolvimos: 1) denunciar la eliminación del *Plan Nacional de Promoción del Libro y la Lectura “José de la Cuadra”*; y, 2) mediatizar que desde nuestras iniciativas independientes y autogestionadas veníamos trabajando a contracorriente y a pesar de la inexistencia de política pública. Así, junto con Silvia Vallejo, Jader Acosta, Sara Bolaños, Geovanny Pangol, Tanya Benítez y Valeria Sáenz dedicamos aquella noche de viernes para trazar una intención de “pequeñas grandes acciones” hasta el día del libro en abril. Acordamos que realizaríamos publicaciones en redes sociales con fotografías y carteles de denuncia; y, *un gran twitazo* en el marco del Día Internacional de las Bibliotecas. A varias manos y voluntades, enrumbamos los acuerdos en los días siguientes y continuamos comprometidos sumando voluntades.

El 24 de octubre de 2022, escribimos carteles, nos fotografiamos sosteniéndolos y los subimos a las redes sociales desde nuestras cuentas personales y las de nuestras iniciativas. “Los proyectos independientes de fomento del libro y la lectura sabemos que a los niños, niñas y jóvenes de nuestro país sí les gusta leer. Es el Estado el que no garantiza su derecho a la lectura”, era una de las líneas de nuestro colectivo. Dos días después, el 26 de octubre de 2024, con la etiqueta *#EcuadorSinPlanDeLectura*, pusimos en circulación una serie de tuits reafirmando la problemática. Ya para ese momento, se habían sumado activamente, al chat y a la acción de incidencia: Claudia Bugeño, Natalia Lalangui, Hugo Palacios, María José Gálvez, Camila Corral, Paola Martínez, Gabriela Naranjo, Lucía Chávez... Otros colegas y personas vinculados con el libro y la lectura

también se activaron en redes sociales, inclusive con quienes no habíamos tenido contacto directo; no alcanzaría a mencionarlos a todos. También hubo quienes creyeron que habíamos perdido nuestros trabajos, pero lo curioso es que planteamos la denuncia no desde un lugar de afectación individual, sino pensando que teníamos algo que aportar en un debate que, en gran medida, había pasado desapercibido.

Diría ahora que nos sentimos en la responsabilidad de poner en la mesa de discusión una secuencia de hechos que descifrábamos profundamente lamentables y considerábamos que debían ser de preocupación pública: en diciembre de 2021 el Ministerio de Cultura había finiquitado el *plan de lectura*, que, en realidad, solo había sido un proyecto de inversión a cuatro años y no una política pública a largo plazo. Luego, en marzo de 2022, se anunció oficialmente el cierre de los *tambos de lectura*, espacios de promoción lectora que funcionaban en hospitales, cárceles y espacios comunitarios. Con esto último, quedaba sellado el Ecuador como un país sin horizonte político respecto a la lectura. En todo caso, por fuera de lo estatal, y como resultado de estos mismos diálogos, también logramos enunciar a varias voces que nuestros proyectos de lectura habían existido antes del plan, siguieron existiendo durante su vigencia y continuarían a pesar de su cierre. Por tanto, era desde nuestro conocimiento de causa que demandábamos del Estado cumplir con lo que consideramos debería ser su responsabilidad ineludible.

Luego del *tuitazo*, hicimos un ejercicio de retroalimentación con un balance mayoritariamente positivo. Sin embargo, no alcanzamos a sostener tras ello los ritmos para seguir viralizando en redes sociales. Diría que quizá se dispersaron los ánimos con la época del año; pero también, que cada proyecto se devolvió a su propia reflexión. En el caso específico de nuestro colectivo, se nos abrieron inquietudes profundas: ¿qué exigíamos como política pública estatal de lectura? Y, si era un plan de lectura lo que demandábamos, ¿cómo debía ser? Fue Silvia Vallejo, integrante también de nuestro colectivo, quien me planteó estas interrogantes; lo hizo con sinceridad y sabiduría. Siento que en los años que han seguido, no hemos dejado de ensayar respuestas posibles y estas han ido tomando forma a la par de reconocer lo que hemos aprendido y de ponernos en diálogo con otros. La respuesta se traza, nuevamente, a varias manos.

El año 2023 estuvo cargado de conversaciones indistintas. Cayó la interacción en el chat grupal. De mi idea inicial de convocatoria, que estuvo abierta a diferentes actores vinculados con la lectura, las bibliotecas y los libros, fui concentrando las energías en el diálogo directo con otros colegas mediadores y gestores de proyectos de lectura y bibliotecas independientes/comunitarias. En paralelo, iba tomando fuerza en Quito un

debate en torno a su Feria del Libro. El descontento generalizado respecto a su organización por parte del sector editorial y librero logró gestar una autoconvocatoria que tomó la figura de *Asamblea del Libro* y, resultado de ello, se abrieron también espacios de diálogo con las instancias municipales de cultura. Siento que las circunstancias, en general, hicieron su parte para reafirmar mi concentración como mediadora de lectura y para ejercer una vocería en favor de las bibliotecas y de nuestra labor como iniciativas independientes de lectura.

Fueron también tiempos para comenzar a construir narrativas conjuntas con otros proyectos, aunque todavía sin manifestarlas en uniformidad. Estas eran producto de diálogos casuales, algunos coyunturales, que iban alimentando una idea de articulación que solo vino más adelante. Mientras tanto, fueron surgiendo líneas discursivas con las que queríamos visibilizar que, como mediadores y colectivos, veníamos sosteniendo nuestra labor desde hace varios años, que favorecíamos accesos físicos y simbólicos para leer, que nuestra experiencia en territorio nos permitía dimensionar la potencia de los procesos de lectura mediados... También, respecto a la feria, coincidíamos en la necesidad de que se habilitaran condiciones, recursos y espacios claros para una programación de mediación lectora, que se definieran los términos de participación, que se desconcentrara la feria para ampliar su cobertura, etc.

Iban idas y vueltas en diálogos por separado. Finalmente, el 2 de septiembre de ese año 2023, reunidos nuevamente en formato híbrido, esta vez en la Casa Lalú, acordamos articularnos cinco iniciativas de mediación lectora y bibliotecas independientes y comunitarias: Sarawarmi (desde Huaticocha, Orellana), El Gato Encerrado (desde Cayambe, Pichincha), Yo Amo Leer (desde Pasa, Tungurahua, y Pichincha), Casa Búho (desde Machalilla, Manabí) y la Libroteca Imaginada (desde Quito, Pichincha). Participamos del encuentro Geovanny Pangol y Tanya Benítez, por Yo Amo Leer; Lucía Chávez, por Sarawarmi; y, Silvia Vallejo, Daniela Dávila y yo, por la Libroteca Imaginada. En el caso de Nataly Lalangui, de El Gato Encerrado, y Valeria Sáenz, de Casa Búho, aunque no pudieron asistir, nos habían manifestado su interés y compromiso de participar así que se incorporaron orgánicamente al naciente *colectivo*.

En ese primer encuentro, como consta en nuestra acta de reunión, identificamos que nos juntaban los afectos, la cercanía y la confianza; también señalamos como premisas: articularnos en red, colaborar en minga, trabajar en colectivo con una agenda clara, fortalecer alianzas y acompañarnos para no hacer la batalla solas. Definimos como ejes de interés: 1) la gestión del conocimiento, para intercambiar saberes y aprendizajes,

sistematizar experiencias y afinar definiciones conceptuales y metodológicas; 2) la gestión de proyectos y recursos para armar propuestas en colectivo y tener un mayor alcance para la formación de públicos; y, 3) la incidencia en política pública, con discusiones pendientes en torno a la Ley de Cultura y otras coyunturas específicas.

Quizá uno de los primeros ejercicios que pusieron a prueba nuestra intención de articulación ocurrió ese mismo año, para la Feria del Libro de Quito. Veníamos participando en espacios de diálogo convocados por la Secretaría de Cultura y, tras nuestro encuentro de conformación, habíamos definido construir una propuesta colectiva para insertar en el debate la importancia de la mediación lectora no como un conjunto de eventos o actividades sino como un enfoque que transversalizara la feria y el trabajo por la lectura. De ello derivó que participáramos con una programación dirigida a público juvenil en el evento de ese año. A partir de entonces nos enunciamos como *La Colmena*. Cerramos el año 2023 dejando dibujadas en el aire otras posibilidades de colaboración, aunque supongo que estas todavía tomarán su tiempo hasta que las dinámicas terminen de asentarse y hasta que las disposiciones vuelvan a confluir.

Lo que sí tuvo lugar a lo largo de 2024 fue la visita entre proyectos, encuentros en los respectivos espacios de cada iniciativa, lo que ha sido también un ejercicio donde apoyamos actividades de quien anfitriona y toma lugar un intercambio con las comunidades lectoras a su alrededor y con los equipos y colaboradores que hacen parte de sus procesos. En enero, nos juntamos en Huaticocha (Orellana), por motivo de la inauguración de la biblioteca comunitaria Yuyarina Pacha, a cargo de Sarawarmi. En julio, hicimos parte de la primera feria del libro de Machalilla, en Manabí, y apoyamos a Casa Búho. Para septiembre, visitamos las bibliotecas comunitarias de Yo Amo Leer, en Mogato y Punguloma (Tungurahua). En noviembre, fue nuestro turno como Libroteca Imaginada e invitamos a los demás proyectos a participar de nuestra programación por el décimo aniversario, en Quito. Luego de las actividades, hemos mantenido casi siempre reuniones para seguir delineando un camino conjunto.

Asimismo, entre encuentros, nos hemos juntado virtualmente para debatir y construir posturas en torno a la política estatal de lectura. Esto también en línea con que se creó un *Consejo Consultivo* para asesorar la elaboración del *Plan Nacional de fomento a la lectura y acceso al libro*, por parte del Ministerio de Cultura. En los primeros meses de 2024, fui seleccionada mediante convocatoria pública para integrar ese espacio de participación ciudadana, teniendo el aval de mi organización, la Libroteca Imaginada, y en representación de La Colmena, como colectivo de colectivos. Hemos visto necesario

armar manifiestos, cartas y he llevado una vocería con la intención de profundizar en los desafíos estructurales que vemos necesario que se atiendan desde el Estado. Todavía, sin embargo, hay dinámicas y discusiones que están tomando su curso. A nosotras, en la Libroteca Imaginada, particularmente, se nos plantado la inquietud de mantenernos abiertas a articular también con otras iniciativas.

Una pambamesa de experiencias

Para nuestro colectivo, la lectura como experiencia viva es una concepción que procuramos trasladar a nuestras prácticas de mediación al poner en valor la oralidad, integrar formas otras de leer el mundo, al igual que al abordar la cultura escrita como posibilidad de apropiación, creación, significación y tejido. Sobre todo, nos mantenemos en actitud de aprendizaje respecto al lugar desde el que nos posicionamos como lectores, como mediadores y como formadores. Si bien a lo largo de los años hemos asentado líneas filosóficas, conceptuales y metodológicas, la labor con diferentes públicos, en contextos y territorios diversos, ha sido un ejercicio constante de hacernos preguntas, de afinar herramientas y de incorporar perspectivas que no siempre se nos han presentado tan claras. La reflexión académica ha permitido también interpelarnos por preconcepciones ya interiorizadas en nuestro sentir-pensar-hacer y de las que no éramos del todo conscientes. Entre ellas, formas de colonialidad en las que las prácticas de lectura que predominan dejan de lado los escenarios de diversidad y diferencia cultural que hacen parte de nuestro país.

Por un lado, las inquietudes por lo intercultural surgieron a partir de la intención por fortalecer nuestro fondo bibliográfico y se agudizaron ante la posibilidad de un proceso formativo dirigido a docentes en escuelas amazónicas. Fue entonces que comencé a tomar conciencia de las condiciones de diálogo desigual implícitas en el aparentemente bienintencionado ejercicio de fortalecer las capacidades de los profesores para motivar en sus alumnos, hablantes de lenguas originarias, a leer y escribir en castellano. Asociado a la imposición de un código lingüístico distinto, está también la dotación de libros y materiales de lectura que, por lo general, no responden a los contextos ni cotidianidades de las comunidades. También está el valor que estos pueblos le asignan a la lectura occidental: ¿hace parte de su práctica social o es que poseen otras formas de lectura? ¿Se valoran esas prácticas de leer distintas?

En lo descrito, toma forma lo que en Viaña et al. (2009, 7) se reconoce como la noción conservadora y dominante de la interculturalidad; es decir, esa interrelación

idealizada de respeto y diálogo entre diversos para vivir en armonía. Al respecto, se menciona: “no existe tendencialmente la predisposición a ‘respetarnos y dialogar’, ya que existen formas (económicas, políticas, sociales, cognitivas) en las cuales se establecen relaciones de dominación colonial y relaciones del capital que nos ponen en relación de absoluta desigualdad real (social, lingüística, política, económica)”. De ahí que, en gran medida, a los otros no les queda otra opción que aceptar las imposiciones. Tal es la diferencia colonial que conceptualiza Walsh (2023) y con la que se justifican y subsisten condiciones de inferioridad o superioridad entre seres, saberes, visiones, modos y prácticas de vida.

Entonces, decía que esa posibilidad de capacitación en mediación lectora para docentes amazónicos, aunque no se enrumbó, sí nos puso frente a una situación concreta para abrirnos un debate en el ámbito de la lectura, y en nuestro campo de mediación lectora específicamente: hay urgencia de propuestas que, en su sentido artístico, estético y político, den pautas de nuevos semilleros para intercambios con mayores condiciones de igualdad. En ese sentido, diría que para propiciar un diálogo intercultural que permita transitar de la imposición a la apropiación de la cultura escrita, se hacen indispensables ejercicios de diseño colectivo y mancomunado, lo que implica, a su vez, una labor de escucha, identificación y articulación entre quienes sostenemos esfuerzos, iniciativas o propuestas en este campo.

En Grimson (2013, 12), se habla de una “polifonía de resistencias” para referir la diversidad de formas de resistir y expresar, desde la acción política hasta formas culturales como la música, el arte y las tradiciones. El autor hace un llamado a reconocer la existencia de las “epistemologías descentradas y descentrantes” que convergen de esas resistencias. Al mismo tiempo, señala la necesidad de pensarnos no únicamente desde las respuestas ante un poder central, sino “desde la perspectiva de los protagonistas, especialmente aquellos considerados subalternos, reconociendo la agencia de estos actores sociales en la configuración de sus propios contextos y concepciones del poder”.

En un intento de trasladar estos preceptos al análisis de los diferentes activismos por la lectura, en sus distintas formas y prácticas, he notado que son varios los esfuerzos individuales y colectivos de personas que, al igual que nosotros, están desafiando concepciones hegemónicas de conocimiento y poder. Me animo a afirmar, por tanto, que nuestra labor se desarrolla entre los intersticios, lo que Nivón Bolán (2013) reconoce como los “espacios de ruptura epistemológica” o lo que Walsh (2013) identifica como “grietas”; es decir, posibilidades de construcción que se abren en medio de las luchas;

acciones que dan luz a esperanzas pequeñas, que surgen como estrategias, prácticas y metodologías-pedagogías para hacerle frente al sistema dominante.

En medio de una de esas grietas, con la Libroteca Imaginada hemos hecho el llamado a una nueva siembra: el *Encuentro Intercultural LEO, una pambamesa de experiencias de lectura, escritura y oralidad*. Este se fraguó a lo largo del 2024 y, en su primera edición contamos con el apoyo de la Universidad Andina Simón Bolívar, a través de la Cátedra Unesco de pueblos indígenas de América Latina. El encuentro tuvo lugar entre el 22 y 23 de noviembre, en el marco del aniversario diez de nuestro colectivo, y contó con la participación generosa de doce experiencias que sostienen procesos de corta, mediana o larga trayectoria en torno a la lectura, la escritura y/o la oralidad. Perfilamos el encuentro transversalizando un enfoque intercultural, de manera que el diálogo que se abrió hizo palpable la diversidad cultural y lingüística que está también manifiesta en los vínculos con la cultura escrita y, específicamente, con la lectura. Especialmente, tuvimos la posibilidad de encontrarnos entre proyectos, escucharnos, inspirarnos y abrir nuestras perspectivas desde el ejercicio de la conversación

Durante la primera jornada del encuentro, Lucía Chávez (Sarawarmi) y Yomaira Guamán compartieron su experiencia alrededor de la memoria y la oralidad con la Biblioteca Infantil Comunitaria Yuyarina Pacha, en la amazonía ecuatoriana. María José Gálvez trajo la experiencia de mediación del colectivo Yo Amo Leer, en espacios diversos, incluyendo bibliotecas comunitarias en los páramos andinos de la provincia de Tungurahua. Nataly Lalangui abordó prácticas lectoras como experiencia de gestión cultural, una labor que despliega desde la Plataforma de Investigación Cultural y Fomento a la Lectura: El Gato Encerrado Lectura Viva. Soledad Mena compartió su experiencia con el Programa de Escuelas Lectoras de la Universidad Andina Simón Bolívar. Ariruma Kowii y Luis Caisaguano hablaron sobre las literaturas orales y la pedagogía de la oralidad como forma de acercamiento a la palabra, la memoria y la cultura.

La segunda jornada tuvo la participación de Catalina Unigarro, quien trajo reflexiones desde el senti-pensar de Siembrapalabra, un proyecto bibliotecario en la ruralidad. Andrea Mosquera compartió la experiencia de El Quilombo Lector y la Cochita Amorosa, apuestas para tejer la memoria histórica a través de narraciones afrodescendientes. Luis Belalcázar, del BiblioRecreo, recogió la experiencia de la biblioteca como refugio y la trayectoria de este espacio al sur de Quito. Alicia Chalán y Martha Lligalo trajeron al intercambio cuentos de los abuelos en Chibuleo, con una recreación de libro y una reflexión alrededor de la memoria y la riqueza literaria oral.

Rosabel Zerpa compartió la experiencia de la Casa Liberta Cartonera y su tránsito actual: de la mediación lectora a una sordoteca. Finalmente, yo compartí desde la Libroteca Imaginada algunas de nuestras perspectivas a propósito de nuestro décimo aniversario. Fue un encuentro que dejó, nuevamente, varias preguntas, pero también un ánimo compartido y alentador de reconocernos y (re)encontrarnos entre quienes vamos haciendo camino.

A manera de cierre, y enlazando nuestro camino hasta La Colmena con este último encuentro de experiencias, me gustaría subrayar que la diversidad cultural, la defensa del pluralismo epistémico-cognitivo y el horizonte hacia el interculturalismo resultan fundamentales, en tanto configuran apuestas y alternativas de sobrevivencia frente a la imposición de visiones de progreso sectarias por parte de los proyectos civilizatorios monoculturales. De todas maneras, vale reiterar que, a diferencia de la diversidad, el interculturalismo no es un hecho social, sino más bien una utopía hacia la que se va haciendo rumbo. En ese andar, los conocimientos situados y colectivos, así como su herencia o influencia en nuestras propias prácticas, convocan a dimensionar el hacer no desde la fragmentación, sino desde los hilos entrelazados de quien escucha, dialoga y se transforma. Señala Escobar (2017, 12):

La coyuntura actual nos insinúa que estamos abocados a rediseñar la urdimbre de la vida, a retejer, a reparar, a reunir lo separado, a reinventar formas otras de habitar, de lugarizarse, de comunalizarse; y todo esto (¡quizás la parte más difícil!) en contextos de mundos que involucran entramados de humanos y no humanos, en conexión parcial con muchos otros mundos, incluyendo aquellos mundos que no se quieren relacionar sino asimilar o destruir.

Alrededor de los procesos de lectura, de la mediación para formar lectores y de las propuestas para motivar acciones colectivas, veo indispensable colocarnos en postura crítica y, principalmente, propositiva, para (re)pensar la colonialidad de la cultura escrita. Ahí reside también la posibilidad de diseños que nos permitan empatar nuestras múltiples formas de leer como posibilidad de supervivencia, en tanto dan lugar a una reflexión constante sobre lo diferente, sobre lo que influimos y sobre lo que nos influye. Podremos señalar que hay múltiples lecturas que han sido minimizadas o invisibilizadas. En los intersticios de ello, la posibilidad de diseñar y transformar.

Conclusiones

Escribo este texto a unas cuantas horas de que se confirmara que cuatro cadáveres hallados el pasado 24 de diciembre de 2024, incinerados y con señales de tortura, corresponden a Steven Medina, de 11 años; Nehemías Arboleda, de 15 años; y los hermanos Josué e Ismael Arroyo, de 14 y 15 años. El hallazgo se dio en un área cercana a una base militar en Taura, parroquia rural de la provincia de Guayas, luego de que los chicos hubieran sido desaparecidos forzosamente tras haber sido detenidos por personal de las Fuerzas Armadas. Para este acontecimiento ruin y perverso, no parece tener prisa en asomar ni la verdad ni la justicia, tampoco alcanzan las palabras; “perder las palabras produce dolor en todo el cuerpo”, dice Marina Garcés (2022, 97). Yo agrego que al cuerpo adolorido quizá de lo poco que le queda es gritar, intentar boicotear el silencio de la impunidad, aun cuando los gritos difícilmente logren distinguirse entre los ecos de la muerte, ecos que ya vienen sonando buen tiempo en un Ecuador convertido en uno de los países más violentos de América Latina.

“Los cuatro de Guayaquil”, como se les ha denominado mediáticamente a los cuatro menores asesinados, suman al número de homicidios de niños, niñas y adolescentes que hacen parte de la creciente estadística ecuatoriana. Esta vez, con el agravante de la participación estatal, lo que configuraría el hecho como un crimen de Estado. Cifras de Unicef (2024) recogen un aumento drástico del 640 por ciento de muertes infantiles y juveniles en un período de cuatro años. Niños, niñas y adolescentes asesinados por incremento del crimen, pero también como resultado de haber sido reclutados por parte de grupos armados. Ahora también, despojados de su vida tras un operativo militar. Y no son las únicas víctimas de esta invención de guerra.

En nuestro país, declarado mediante decreto presidencial de 2024 en conflicto interno armado contra bandas criminales vinculadas al narcotráfico, se ha posicionado una guerra de temporalidad ilimitada. De este modo, la realidad ecuatoriana calza dentro de la caracterización de *guerra contemporánea* que hace Segato (2014) y también en la dinámica de barbarie con corrección estética y complicidad mediática que plantea Diéguez (2013). Esta guerra no es ajena a las guerras de nuestro continente y sus crímenes, que han tenido lugar en contextos de dictadura, narcoestado, crimen organizado y terrorismo de Estado. La violencia y sus barbaries han venido de grupos delictivos, pero

también desde estructuras estatales. Las garantías por parte de las fuerzas públicas no han impedido el cometimiento de graves vulneraciones a los derechos humanos.

Ese ha sido también un miedo latente en nuestro país: las desapariciones, las torturas, los crímenes que podrían ocurrir bajo el telón de una supuesta guerra declarada al terrorismo y aupada por una consulta popular que ratificó respaldo a las fuerzas armadas en abril de 2024. Hoy el horror se hizo realidad: niños torturados, desaparecidos, muertos en medio de un debate diluido que entierra los cuerpos en el anonimato. Ni qué decir del discurso oficial de gobierno que ha intentado criminalizarlos. El sonido de disparos, que en la actualidad es común en muchas localidades del país, además de escucharse como rumor de fondo, termina resonando por dentro y alimentando la zozobra colectiva y el miedo.

¿Cómo mover el pensamiento en medio de este horror y la parálisis que desencadena? ¿Qué tanto podemos hacer a través de la literatura, la lectura y las bibliotecas para accionar ante el dolor de un país que se desangra? Cuando aparecía en mis redes alguna nueva entrada de la sección *Terrorismo de Estado y Literatura Infantil y Juvenil*, del blog mexicano “Linternas y Bosques”; o publicaciones de pares argentinos y chilenos sobre talleres de memoria, a propósito de los desaparecidos por las dictaduras; cuando descifraba con admiración el potencial transformador de la lectura en procesos colombianos de cara al conflicto armado, yo estaba muy lejos de pensar que muy pronto necesitaríamos apoyarnos en nuestro país, tan específicamente, de todas esas herramientas y de todas esas experiencias.

En medio de las inquietudes que nos invaden, tan recurrentemente, procuro recordarnos que nuestra labor de hace varios años, como siempre, como nunca, hace posibles espacios alternativos y necesarios para nombrar el miedo y el dolor, para abordarlos en comunidad, para resistir sin invisibilizar ni insensibilizar, que quizá es ese lo que podría ser nuestro mejor aporte; más aún, al evidenciar que la corrección política está extendida a espacios educativos y familiares. Pienso además que no podemos perder de vista, como dice Vich (2021), que la “cultura es siempre hegemonía y hoy la hegemonía sigue siendo la discriminación en todas sus formas” (19). Entonces, frente a la discriminación estructural y la desigualdad social, que son base de este sistema, tenemos todo por seguir disputando: hacer de las palabras a la vez que un refugio una trinchera de lucha, movilizar el pensamiento, intentar dilucidar un norte entre la bruma, una esperanza de indicación para acompañar a otros mientras nos acompañamos a

nosotros mismos en nuestro trabajo con las infancias y con las personas adultas que las cuidan.

Vuelvo a este trabajo de investigación y recuerdo que surgió en medio de un propósito: aprender a reconocer los acervos de nuestro colectivo para colocarlos en diálogo con el pensamiento académico. Había en ello una intención-búsqueda de que los andamiajes teórico-conceptuales me permitieran poner nombre o descripción a intuiciones descifradas en la acción y para que, desde la experiencia concreta, pudiera también abrir discusión entre las perspectivas ya instaladas. A lo largo del camino, se me ha reafirmado la noción fundamental de que no se trata de pugnar entre unas u otras visiones sobre la lectura, sino de delinear criterios que nos permitan nivelar las condiciones de diálogo, poner en valor los conocimientos que van surgiendo de lo colectivo, o que ya existen en lo comunitario. Encuentro que es tal el punto de partida para llegar a interactuar con soberanía en medio de las imposiciones de una sola práctica de lectura. Descifro imperante, para ello, proponer “nuevos diseños” (Escobar 2017), crear modelos que recojan los aprendizajes de las resistencias, ya puestas en acción desde hace algunos años; y, principalmente, de sus potencialidades hacia proyectos sociales menos desiguales.

En los capítulos desarrollados he recurrido a la metáfora de la siembra para referenciar las semillas plantadas, las raíces entrelazadas y las ramas florecidas como símbolos de un andar colectivo que es una entidad viva. Nuestros lectores han sido niños y niñas, sus familias, algunos paseantes solitarios o en parejas, personas acompañadas por sus mascotas, otras haciendo un descanso de la bicicleta. Gente que transita ha sido sorprendida por la lectura, gente que acepta la invitación, gente del cotidiano. Propiciar que personas de diferentes contextos, especialmente niños, niñas y jóvenes, hayan participado de nuestros encuentros con la lectura y hayan accedido a un fondo curado de libros en espacios no convencionales no ha sido sencillo, sino, sobre todo, un reto de de largo aliento. De ello, nuestra acción se amplió a la formación de estudiantes universitarios, profesores, gestores, facilitadores, bibliotecarios, entusiastas varios, con quienes compartimos nuestras prácticas y sus maneras. Y no podemos dejar de lado el siempre presente intercambio con colegas, maestros, maestras, amigos y amigas que también han sido mano, mente o corazón.

También alcanzo a divisar que todavía nos queda mucho por aprender, explorar e incorporar. Lo que sí vamos descifrando, cada vez más convencidos, es que las perspectivas que surgen de los niños y niñas en los espacios de lectura que propiciamos,

las de sus cuidadores, las nuestras mismas, todas alimentan una gran voz colectiva, un hálito que busca ahogar el ruido del miedo y de la muerte con los ecos de la vida. Ahora que algunos de nuestros participantes están próximos a sumarse como integrantes de la Libroteca Imaginada, se me devuelve una suerte de certeza de que sus vidas, y las nuestras, han sido impactadas por el ejercicio de una política cultural sostenida por quienes también compartimos el espacio habitado e interpelamos lo que se da por zanjado, a fuerza de la tradición o la costumbre, respecto a la lectura. Creo entonces que desde nuestro colectivo no solo estamos resistiendo, sino también agrietando y sembrando allí esperanza; en gerundio, con ternura, y en plural. Por añadidura, nuestro compromiso, que se reafirma en lo colectivo, también ha florecido en la experiencia de vida individual. Y con algo de ello cierro este trabajo de investigación.

Un devenir que fue volver

Decía antes que me pienso a mí misma como una de las semillas florecidas de este colectivo de mediación y promoción lectora. Me aventuro a describirme semilla inquieta, semilla que viaja ligera con los vientos, semilla que aterriza con paracaídas, quizá un *aquenio* de diente de león, semilla que se abre paso entre los intersticios... He pensado antes que la mediación de lectura me encontró como quien es abrazada por su designio. El proyecto, nuestro colectivo, me brindó suelo y cobijo para plantarme, pero nunca me exigió atarme. Creció en mí y me llevé su espíritu —como si fuera enredadera— a mis trabajos, a otras colaboraciones voluntarias, a mis propias iniciativas y sueños. Haber aprendido a mediar en espacios no convencionales abrió en mí una comprensión particular sobre leer que fui alimentando con mis propias experiencias en lo periférico, en lo rural, en lo alternativo.

En paralelo con mi vinculación a la ahora Libroteca Imaginada y a otros proyectos de lectura, se fue fraguando en mí la inquietud de impactar en el territorio en el que crecí. Ya había venido trabajando un tiempo por fuera: con otras comunidades, en otros espacios geográficos, junto a otras iniciativas. Entonces, volví la mirada y, sobre todo, la acción alrededor de la casa familiar que hoy denominamos Casa Lalú, ubicada en el barrio Los Tilos, parroquia de Chimbacalle, cerca de Luluncoto, un sector que es el límite justo en el que termina el centro y en el que comienza el sur de la ciudad de Quito. Allí me fui tomando un espacio y fue germinando, con la complicidad de mis padres, mis hermanos, amigas y amigos, una biblioteca que se abrió a la comunidad, nuevo diente de león que va creciendo, florece y se dispone a dispersar semillas lectoras con los vecinos y vecinas

para quienes es nuevo este acceso. Eso sí, esta biblioteca nació inquieta: primero fue hasta la gente y ahora la gente viene hasta ella.

Fue en el verano del año 2022 que di el salto: salí a hacer mediación de lectura en el espacio público circundante a la casa de mis padres. Junto al semáforo comencé a compartir lecturas con niños y niñas que pasaban el día allí mientras sus cuidadores estaban dedicados a la venta. Siguió ir al parque, punto de concentración de la vecindad; allí además me encontré con otros niños y niñas que han llegado al Ecuador como resultado de la experiencia migrante de sus familias. Así comenzó a despegar el sueño de impulsar, desde este lado de la ciudad, un proceso alrededor de la lectura. Y fue el propio proceso el que indicó la necesidad de un espacio físico, que es donde ahora funciona la biblioteca, en la Casa Lalú. Las primeras visitantes fueron mujeres adultas mayores que aceptaron la invitación para desenredar la madeja de las memorias y nació de ello la intención de tejer una memoria del barrio, de sus personas y de sus luchas, porque este barrio se gestó en una lucha que encabezaron mi madre y mi tía por el derecho a la ciudad. Ahora llegan también los niños, que no dejan de darme señales de que vale la pena continuar: crear los márgenes, crear contextos de sentido compartido, como diría Marina Garcés (2022).

Entre las señales que me impulsan, está por ejemplo Frida, de ocho años, que cuando viene a la biblioteca de la Casa Lalú, me pide que salgamos a leer en el parque. Yo aprovecho su pedido como si fuera el último empujoncito que me hacía falta: preparo mi *maletín de historias*, una campana prestada y tiemplo mis ánimos para ir al encuentro de lectores. La campana no convoca demasiado; supongo que se confunde entre los ruidos típicos de un parque, pero lo que sí es efectivo es la voz de Frida. Un día me sorprendió llamando a leer a todo el mundo, también a las personas adultas. Gritaba desde lejos: “vengan al club de lectura, vengan al club de lectura”. Y yo, entre el asombro y la timidez, no atiné más que a agradecer que ella estuviera ahí acompañándome. De un momento a otro, me vi rodeada de niños, perros, madres y padres que se acercaron curiosos. Ese día, Frida corría detrás de las personas para invitarlas, y con cada enganche exitoso me gritaba a mí también: “Talía, ya te traje otra clienta” o “Talía, voy a buscar más clientas”. Ese día, también acordamos que a todas las “clientas” les llamaríamos lectoras.

La apuesta de llevar de vuelta al lugar en el que crecí los aprendizajes que han derivado de mis interacciones y dedicaciones en otros espacios parte del reconocimiento de que no existe nada similar en los alrededores y que mis propios acercamientos con el mundo literario y de la mediación terminan siendo excepciones a las dinámicas que allí

ocurren, que hay un relato por contar por fuera de los círculos que concentran en esta ciudad el acceso material e inmaterial a la lectura y la escritura. Quiero decir: dado que no hay bibliotecas cercanas y los espacios culturales alrededor son limitados, Casa Lalú Biblioteca es un lunar-refugio. En ella, el entusiasmo crece y se contagia, se dispersa, aterriza y se siembra en otras manos, mentes y corazones que se suman.

Debo reconocer que no me fue sencillo empezar; a veces, tampoco lo es sostener. Primero me cuestioné en qué podría aportar mi trabajo por la lectura en este lugar, lo que en el fondo no era sino una forma de excusar mi miedo a tomar acción, mi miedo a asumir un legado que solo fui descifrando en el andar. Cuando por fin me animé a acercarme a las personas, acompañada de mi maletín de historias; cuando por fin me animé a interlocutar y compartir en lo que se sentían como márgenes, la calle cercana, el parque de mi niñez, el espacio público, desdibujaron sus bordes y se convirtieron en puntos de intersección y sentido. No dejo de conmoverme cuando las niñas que ya son visitantes frecuentes gritan emocionadas “ahí está la Casa Lalú, la casita Lalú” y piden permiso a sus madres para venir por su propia voluntad. O por episodios como cuando llegaron a la biblioteca una pequeña y su papá y se tomaron el espacio para leer libremente, sin que yo tuviera que intervenir en nada. Ambos leían en silencio; cada uno por su cuenta y aun así acompañándose; todo eso, mientras mi hermano menor entonaba la guitarra, en un concierto espontáneo que emanaba desde la biblioteca a la calle. Y yo, que miraba desde una esquina mientras escribía, capturé ese momento en mi memoria para siempre, quizá porque nunca habría alcanzado a imaginar que, del año 2017, de picnics en el parque La Carolina, había volado en tiempo y espacio de vuelta hasta mi casa de las palabras, de mis afectos y de mi infancia.

Obras citadas

- Argüelles, Juan Domingo. 2017. *¿Qué leen los que no leen? El poder inmaterial de la lectura, la tradición literaria y el hábito de leer*. Ciudad de México: Océano.
- Bravo, Víctor. 2009. *Leer el mundo*. Madrid: Veintisiete Letras.
- Basanta, Antonio. 2016. “‘Homo legens’ o la lectura como clave de vida”. *Trama y Texturas*, n.º 30: 75-83. <https://www.jstor.org/stable/26156299>.
- Calle, Talía, y Josué Veloz. 2019. “Modelo de gestión cultural para la sostenibilidad del proyecto Picnic de Palabras Ecuador”. *Picnic de Palabras Ecuador*.
- Castrillón, Silvia. 2004. *El derecho a leer y a escribir*. México, D.F.: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Catalina, Unigarro. 2024. “Hace diez años, con mucha ilusión, curiosidad y alegría, sacamos unos pocos libros en el parque La Carolina para averiguar qué sucede. Hoy Libroteca Imaginada tiene un equipo sólido que lo sostiene y sueña en grande. Felicidades por este nuevo momento vital. ¡Que los sueños sigan creciendo y floreciendo!”. Facebook, 20 de noviembre. <https://www.facebook.com/share/p/19kfLcHetE/>.
- Cátedra del Perú. 2018. “¿Qué es la mediación lectora? Entrevista a Felipe Munita”. Video de YouTube, 28 de agosto. <https://www.youtube.com/watch?v=ub8nnpnokCZo>
- Cerlalc. 2023. “Redplanes conmemora 20 años de labor por una Iberoamérica lectora”. *Cerlalc*. 2 de agosto. <https://cerlalc.org/redplanes-conmemora-20-anos-de-labor-por-una-iberoamerica-lectora/>.
- Chartier, Roger. 2022. *El pequeño Chartier ilustrado: breve diccionario del libro, la lectura y la cultura escrita*, editado por Pedro Araya y Yanko González. Buenos Aires: Ampersand / Ediciones UACH.
- Dávila, Daniela, y Talía Calle. 2022. “Cuando los libros salen al parque”. *Pie de página: Revista literaria de creación y crítica* 8.
- Diéguez, Ileana. 2013. “La imaginación desgarrada: mostrar la barbarie”. En *Cuerpos sin duelo: Iconografías y teatralidades del dolor*. Córdoba: Documenta/Escénicas Ediciones, 43-70.
- EC Ministerio de Cultura y Patrimonio. 2022. “Encuesta de hábitos lectores, prácticas y consumos culturales. Boletín de principales resultados”. *Ministerio de Cultura y*

- Patrimonio*. <https://siic.culturaypatrimonio.gob.ec/wp-content/uploads/2022/06/Bolet%C3%ADn-EHLPRACC-14062022.pdf>
- Fornet-Betancourt. 2009. “La pluralidad de conocimientos en el diálogo intercultural”. En *Interculturalidad crítica y descolonización: Fundamentos para el debate Interculturalidad crítica y descolonización*, 9-20. La Paz: Instituto Internacional de Integración / Convenio Andrés Bello (III-CAB).
- Freire, Paulo. 1991. *La importancia de leer y el proceso de liberación*. Ciudad de México: Siglo XXI Editores.
- Garcés, Marina. 2022. *Alterar los mapas, abrir lo posible: Ensayos sobre cultura, política y colectividad*. Quito: Centro Cultural Benjamín Carrión.
- Garzón, Gabriel. 2020. “El juego en la mediación cultural”. Texto didáctico utilizado en clases.
- Grimson, Alejandro. 2013. “Introducción”. En *Hegemonía cultural y políticas de la diferencia*, coordinado por Alejandro Grimson y Karina Bidaseca. Buenos Aires: CLACSO, 9-22.
- Lugones, María. 2021. “Estrategias tácticas de la callejera”. En *Peregrinajes: Teorizar una coalición contra múltiples opresiones*. Buenos Aires: Ediciones del signo.
- Max-Neef, Manfred. 1991. *La incertidumbre de la certeza y las posibilidades de lo incierto*. Bogotá: Primer Congreso de Creatividad.
- Meek, M. 2004. *En torno a la cultura escrita*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Michel, Guillermo. 1992. *Entre la revolución y la utopía*. México: Paradigman Ediciones.
- Montes, Graciela. 2006. *La gran ocasión: La escuela como sociedad de lectura*. Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología de la Nación.
- Munita, Felipe. 2020. *Hacer de la lectura una experiencia: Reflexiones sobre mediación y formación de lectores*. Chorrillos: Biblioteca Nacional del Perú.
- Nivón Bolán, Eduardo (2013). “Las políticas culturales en América Latina en el contexto de la diversidad”. En *Hegemonía cultural y políticas de la diferencia*, coordinado por Alejandro Grimson y Karina Bidaseca, 23-46. Buenos Aires: CLACSO.
- Petit, Michèle. 2013. *Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- . 2016. *Leer el mundo: Experiencias actuales de transmisión cultural*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Reyes, Yolanda. 2016. *La poética de la infancia*. Bogotá: Luna Libros

- Robledo, Beatriz Helena. 2005. *El mediador de lectura: La formación del lector integral*. Santiago de Chile: Organización Internacional para el Libro Infantil y Juvenil IBBY Chile.
- Romero Quesada, M. A., R. Linares Columbié, y Z. Rivera. 2017. *La lectura como práctica socio-cultural*. *Anales de Investigación* 13 (2): 224-30.
- Sainz, Luz María. 2005. “La importancia del mediador: una experiencia en la formación de lectores”. *Revista de Educación*, núm. extraordinario, 357-62. <http://www.educacionyfp.gob.es/dam/jcr:6b0f353a-c606-4d92-87d6-0793ebed3224/re200524-pdf>.
- Sánchez, Carlos. 2018. “Mediadores de lectura: Los protagonistas secretos de la transformación lectora que vive Colombia”. *Razón Pública*. 23 de abril. <https://razonpublica.com/mediadores-de-lectura-los-protagonistas-secretos-de-la-transformacion-lectora-que-vive-colombia/>.
- Segato, Rita. 2014. “Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres”. En *Las nuevas formas de la guerra y el cuerpo de las mujeres*, 15-76. Puebla: Pez en el árbol.
- Unicef. 2024. “Ecuador: La tasa de homicidios de niños, niñas y adolescentes aumentó en un 640 por ciento en cuatro años”. *Unicef*, 15 de enero. <https://www.unicef.org/lac/comunicados-prensa/ecuador-la-tasa-de-homicidios-de-ninos-ninas-y-adolescentes-aumento>.
- Viaña, Jorge. 2009. *Interculturalidad crítica y descolonización: Fundamentos para el debate Interculturalidad crítica y descolonización*. La Paz: Instituto Internacional de Integración / Convenio Andrés Bello (III-CAB).
- Vich, Víctor. 2014. *Desculturizar la cultura: La gestión cultural como forma de acción política*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- . 2021. *Políticas culturales y ciudadanía: estrategias simbólicas para tomar las calles*. Buenos Aires: CLACSO
- Walsh, Catherine. 2023. “¿Interculturalidad y (de)colonialidad? Gritos, grietas y siembras desde Abya Yala”. En *Agrietar la uni-versidad: Reflexiones interculturales y decoloniales por/para la vida*, 113-53. Santiago de Querétaro: Universidad Pedagógica Nacional / Unidad 22A Qro / Lengua de Gato Ediciones.
- Zavala, Virginia, Mercedes Niño-Murcia, y Patricia Ames. 2004. *Escritura y sociedad: Nuevas perspectivas teóricas y etnográficas*. Lima: Red para el Desarrollo de las Ciencias Sociales en el Perú.